

Introducción de nuestro libro aún sin editar

El Taller del Alma

*Aproximaciones al arte desde la concepción de la doctrina tradicional o de la *Philosophía Perennis et Universalis* en*

René Guénon y Ananda K. Coomaraswamy

Homero Moreno Arredondo

03-2008-081412013300-01
Registro Público del Derecho de Autor
© J. Homero Moreno Arredondo

“Al principio el arquitecto [supremo] concibe en su espíritu la razón y, por así decirlo, la idea del edificio. Después [...] construye la casa tal como la concibió.”

Marsilio Ficino, De Amore, comentarios a “El Banquete” de Platón

“Que todos sean uno. Como Tú, Padre, en mí y yo en Tí, que ellos también sean uno en nosotros [...].

Para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la Unidad.”

Evangelio de San Juan 17: 21-22.

“Los hombres vieron estas dos cosas, las ponderaron, las investigaron a ambas, y encontraron que cada una de ellas es mudable en el hombre. El cuerpo es mudable en sus diferentes edades, en su corrupción, en sus enfermedades, en sus reflexiones y en sus defectos, en su vida, en su muerte. Pasaron entonces al alma, que ciertamente comprendieron que era mejor, y que también se maravillaron de que fuera invisible. Pero encontraron que también era mudable, que ora quería algo, y que ora no quería; que ora conocía, y que ora no conocía; que ora recordaba, y que ora olvidaba; que ora temía, y que ora osaba; que avanzaba en sabiduría, y que ora recaía en la necesidad. Vieron que era mutable, la dejaron también, y fueron en busca de algo que fuera inmutable. Y así llegaron a una cognición de Dios el Creador por medio de las cosas Él creó... Examina las mutaciones de las cosas y descubrirás por todas partes el ‘ha sido’ y ‘será’ no pueden ser” (San Agustín, Sermo. 211.3.3 + In Joan Evang. 38.10, versiones de Erich Przywara, S.J.)

*Tomada de Ananda Kentish Coomaraswamy
El tiempo y la Eternidad.*

Presentación

Tiempo ha pasado desde que escribimos este libro. Suponíamos que correríamos con algo de suerte para su publicación impresa pero, como cada vez es más evidente, el ánimo del mundo está en otros lares menos en lo concerniente al mundo de la Tradición Perenne. Sabemos que los que estamos leyendo estas líneas somos un grupo reducido y que nos negaremos a sucumbir de frente a los egrégos, no obstante la batalla es real, así como las mieles del Conocimiento también lo son.

No deseo extenderme demasiado, la introducción es de por si extensa. Sólo para señalar que subiremos a nuestra página de internet (www.porlatradicion.org) además de este apartado (Introducción) otros dos o tres más que forman parte de los primeros capítulos de *El Taller del Alma*, todos ellos bajo el registro público de autor anotado arriba así como otros trabajos colocados desde hace tiempo en tal página de internet.

Esperemos que su lectura arroje algún fruto.

Coyoacán, D.F. a 8 de diciembre de 2012.

Día de la Inmaculada Concepción.

HMA.

Introducción

“Que Él, el Dios de la paz, os santifique plenamente, y que todo vuestro Ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo.”

Pablo, “Primera Epístola a los Tesalonicenses” (5:23).

“Cuando Homero ‘describe la gruta de Ítaca’, es decir ese ‘antro de las Ninfas’, [...] no es sino una de las figuraciones de la ‘caverna cósmica.’”

René Guénon, “El simbolismo del zodiaco entre los pitagóricos.”

Algunas concepciones tradicionales del alma en variadas doctrinas

Bastante reconocido es; en el discurso de casi todas las religiones, doctrinas y sistemas antiguos de pensamiento que retoman lo cosmológico y estudios de lo ontológico; la división ya sea tripartita entre espíritu-alma-cuerpo o bien bipartita de un alma superior y otra inferior. En esta última división de dos “subentidades” (muchas veces contenida en la primera pues no se contraponen) es frecuente ubicar el “elemento” *alma superior* como situado en un componente paralelo al espíritu y un *alma inferior* equivalente –entre algunas de las teorías gnósticas– a “el alma del mundo” y con más frecuencia relacionada con la psique inferior. En tanto, en el primer sistema, tampoco será raro que se distingan dos “tipos” de alma, una superior como hábito de vida, verbo salvífico, lo consubstancial con la existencia... y otra alma “inferior” la cual, para los niveles de la manifestación humana, bien puede corresponder a los estados de ánimo y a la psique, y en definitiva con esa “parte” que se mantiene como unida o relacionada con la materia.

La concepción diádica en principio: Intelecto-espíritu por una parte y alma por la otra, pasa a representarse o se muestra como un principio triádico: Intelecto-espíritu / Alma superior / Alma inferior... (y Cuerpo, exclusivamente hablando para el ser humano). Para el sistema de tres principios se pone hincapié en un principio *Sumo trascendente*, más allá incluso del Ser y de lo inteligible o manifiesto. Igual se menciona un proceso de emanación y generación desde la Unidad (Padre), que vendría a ser el Intelecto y que

contiene en sí todo lo inteligible y la multiplicidad en su interior, posteriormente vendría un Alma (Hijo) en comunión y relación permanente con el Principio y finalmente un Alma del Mundo que en su desdoblamiento descendente, es el Principio divino en el tiempo (Espíritu Santo). En el esquema diádico el Dios Supremo es el intelecto y un segundo principio que se “desdobla” a su vez en dos “subprincipios”: uno vuelto hacia lo tangible y otro hacia lo sensible.

Sea uno u otro sistema, unánimemente, encontraremos que esa alma superior en conjunción con su reflejo inferior debe de realizar un viaje de regreso en donde tendrá que sortear todo tipo de pruebas y travesías: ascensos a montañas sagradas, peregrinaciones; atravesar laberintos, cruzar las aguas, ríos, bosques y puertas; pasajes por los cuatro elementos, aventuras con las deidades y con los héroes, vivir muertes y renacimientos, animales que vencer o para aliarse, símbolos que encontrar y descifrar.

Es un viaje de retorno, es decir, que el alma sabe –en lo más íntimo de sí misma– que en algún momento partió de otro puerto y que anhela retornar a él. Así, la doctrina cabalística, particularmente en su parte correspondiente al árbol sefirótico, se refiere a cuatro planos o mundos: siendo *Atsiluth* el plano del espíritu en tanto que en el otro extremo se ubica *Asiyah*, el plano de lo concreto. Entre estos referentes encontramos otros dos planos los cuales constituyen una especie de *athanor*, es decir, el sitio ideal donde se dará la materia de trabajo y donde precisamente se va a generar el área de influencia y las relaciones sutiles o densas, según sea el caso, para que mediante tremendas pruebas al alma logre encontrar el camino de retorno siendo el mismo que ubicó en su caída pero en esta ocasión con cualidades ascendentes. Este *Athanor*, y desde el punto de vista de la doctrina sefirótica es decir las seis “esferas de construcción”, se ubica en el plano de *Beriyah* o mundo de la creación (*Hesed*, *Gueburah* y *Tifereth*) así como de *Yetsirah* o mundo de las formaciones (*Netsah*, *Hod* y *Yesod*). Planos estos donde, con sus variadas interrelaciones –incluyendo el nivel más denso– se entrarán en todo tipo de juegos, rituales y diversas narraciones pero sobre todo sagrados en conjunción con los elementos del taller del alma y es con estos símbolos y

ritmos que el alma, en cualquiera de sus niveles, aspira al espíritu inmanente o al nombre inefable.

Estos cuatro planos *sefiróticos*, no obstante, emanan del “Uno y sin par”, de la Unidad inmutable. Así es, aunque siendo realmente Uno, para un entendimiento cabal, es frecuente encontrar las distinciones y planos de lecturas entre el espíritu y el alma, y entre ésta y la psique. Cada uno tiene su dominio y es importante lograr distinguirlos. Encontramos que en esos viajes y pruebas el alma asciende paulatinamente mediante un orden jerarquizado, donde se van comprendiendo los diversos planos o mundos. Donde el viaje no termina, como se pudiera suponer, en la Unidad sino que después de sacrificar al Ser, se orienta uno al No ser e incluso más allá, al *Ain*, esto desde el punto de vista de la doctrina cabalística.

Es claro que dependiendo de la doctrina o sistema de pensamiento o filosofía en donde uno se ubique, encontraremos diversos “aspectos” o “jerarquías” del alma, aquí ya hemos mencionado algunos y diremos que estos los encontramos con diversos nombres según su escala: se le nombra en hebreo *nefesh* el alma animal, *neshamah* para el alma receptiva y *ruah* para el espíritu.ⁱ Incluso encontramos otras especificaciones como puede ser *Zelem*, que son las almas que moran en “la casa del tesoro de las almas”, las cuales esperan instrucciones antes de pasar a ocupar su sitio en el mundo de las concreciones materiales. En la llamada escala de Jacob (cuatro árboles *sefiróticos* engarzados uno debajo del otro), nos encontramos con elementos varios para una mejor comprensión del devenir divino y de sus diversas manifestaciones. Ubicamos en lugar de un solo plano referente a un grupo específico de numeraciones o nombres divinos, cuatro árboles de la vida engarzados por su correspondiente esfera central, *Tifereth*, del árbol superior, de donde a su vez nace todo un nuevo árbol siendo la misma esfera el *Kether* del árbol inferior. En esa escala encontramos claramente los diversos niveles por donde tiene que ascender el alma, desde el llamado *Adam Kadmon*

ⁱ Véase el relato del Génesis 1, *Ruah Elohim*. Superior a *Neshamah*. Para las referencias del Árbol Sefirótico o árbol de la vida, véase el *Zohar*, *Sefer Yezirah* y el *Sefer ha-Bahir*, o bien la obra de Shimón Halevi, Z’ev ben, entre otros.

pasando por un Adán en cada árbol con sus diversas características representadas en “tipos” de alma, hasta el alma ubicada o trasladada en el género humano.

En la concepción del sufismo iranio, nos dice Henry Corbin,ⁱⁱ hayamos un alma inferior, *nafs ammâra*, es decir literalmente el alma imperativa, el yo inferior, pasional y sensual, y que refiere a una infraconciencia; otra alma “censora”, *nafs lawwâma*, que es la conciencia y que está homologada al intelecto (*‘aql*) de los filósofos. Y finalmente un alma pacificada, *nafs motma ‘yanna*, que se corresponde perfectamente con el sentido verdadero, el corazón (*qalb*) y con una supraconciencia. Sin embargo, notaremos que se está aludiendo a tres centros: el alma (*nafs*), el intelecto (*‘aql*) y el corazón (*qalb*); además de estos nos encontraremos con otros dos, el espíritu (*rûh*) y la “transconciencia” (*sirr*, el secreto). Todos ellos se mueven en una “fisiología” sutil, aunque es la *nafs ammâra* la envoltura tenebrosa o la psique inferior, la que se debe de quemar por el fuego de la invocación para que se haga visible el guía de Luz y así el alma puede continuar su camino de retorno.

Podemos agregar que el equivalente del Yo celestial del hermetismo reaparece en Sohrawardî con el nombre de Naturaleza Perfecta,ⁱⁱⁱ identificado en términos cristianos con el Espíritu Santo, el ángel Gabriel de la revelación coránica y la Inteligencia activa de los filósofos avicenianos, atestigua Corbin.^{iv} Continuando con este autor, en la cosmogonía mazdea se ubica una trilogía del alma: el alma en el camino, *ruvân i râs*, que se encuentra en el puente o en el umbral del más allá; después pasamos al *fravarti* que se “divide” a su vez en dos, el alma fuera del cuerpo, *ruvân i bêrôn tan* y el alma en el cuerpo, *ruvân i tan*. La *fravarti* gobierna el organismo y en ciertos estados del ser podrá vislumbrar al alma en el camino, que viene siendo su *daênâ*, es decir, su guía de luz que le inspira y le otorga esperanza.

ⁱⁱ “La trilogía del alma”, en *El hombre de luz en el sufismo iranio*. Ediciones Siruela, Madrid, 2000, p. 82 y ss.

ⁱⁱⁱ *Cfr. Op. cit.*, p. 25.

^{iv} *Ibidem*. p. 34.

Para Platón el alma, una vez ubicada en el plano del ser humano, se divide en tres componentes e incluso les otorga un espacio específico en el cuerpo humano.^v No obstante la lectura no puede detenerse ahí, para empezar el alma sigue a la virtud que a su vez no puede ser verdadera sino con el acompañamiento de la sabiduría. El alma para Platón es inmortal y se ubica en un espacio *esencial* (como lo que existe realmente) antes de descender al mundo de las determinaciones. De ahí “que nuestra ciencia no es más que una reminiscencia [y que por lo tanto] aprender no es más que recordar.”^{vi} Efectivamente, el alma del filósofo ha de saber que unida al cuerpo debe, no obstante, de dirigirse a lo que es puro, eterno, inmortal e inmutable, ya que su naturaleza está unida a lo que no cambia y por eso busca la sabiduría constantemente, “y puede decirse de ella [del ‘alma pura’ o de los filósofos] como de los iniciados, que pasa verdaderamente con los dioses toda la eternidad.”^{vii} Esta alma procurará alejarse de las concupiscencias del cuerpo. Así entonces el alma por una parte es inmortal, donde su destino será según haya sido su actuar. Respecto a los otros dos componentes del alma según Platón, pudiésemos ubicar a una de ellas como la psique inferior la cual es mortal y otra parte, podríamos nombrarla nosotros, como la conciencia en contacto permanente con el corazón.^{viii}

Sabemos que la concepción platónica de la creación contiene un *modelo* y una *copia*, y que concibe *un principio* “¿Quién es, pues, el creador y padre de este universo? Difícil es encontrarle, y cuando se le ha encontrado, imposible hacer que la multitud le conozca.”^{ix} El *modelo* (inteligible y siempre semejante) ha sido diseñado por la sabiduría y por la *esencia inmutable*, el universo es su *copia* (producida y visible). No obstante, el *ordenador* de todo el universo,

^v Cfr. su “Timeo o de la Naturaleza”, sobre todo en la tercera parte cuando empieza hablar de la configuración del ser humano, en *Diálogos*. Estudio preliminar de Francisco Larroyo. Porrúa, México D.F., 1981.

^{vi} “Fedón o del Alma”, *op. cit.* pp. 398-413 y *ss.*

^{vii} *Op. cit.* p. 405.

^{viii} “Timeo”, p. 703. Para estas alturas debe quedar claro que “... si prestamos atención a la épica de Homero, veremos que la palabra *psiqué* carece de cualquier connotación psicológica. [Además] El concepto anglosajón de *sawol*, el ancestro lingüístico de la palabra *soul* (alma), carecía de cualquier contenido psicológico...”, en Bremmer, Jan N. *El concepto del alma en la antigua Grecia*. Siruela, Madrid, 2002, p. 17. A lo largo de nuestro trabajo evitaremos también contenidos psicólogos contemporáneos.

^{ix} “Timeo”, pp. 671-674.

exento de envidia, quiso que todas las cosas fuesen en lo posible parecidas a Él mismo. Del desorden pasó al orden,^x “puso la inteligencia en el alma y el alma en el cuerpo [este mundo] y ordenó el universo [...] Y en medio de este cuerpo universal puso un alma [del mundo], la extendió en todas sus partes y hasta lo envolvió con ella exteriormente.”^{xi} Lo anterior no se puede comprender si no enfatizamos que contemplamos a lo largo de este diálogo tres “especies”: la parte indivisible y siempre la misma, lo divisible y tangible, y una tercera especie intermedia ubicada precisamente entre las dos anteriores: “el receptáculo, y por decirlo así, la nodriza de todo lo que nace.”^{xii}

De estos tres principios se derivan todas las demás cosas existentes, incluida el alma de los astros o el alma del hombre. Sin embargo el discurso platónico contiene una disertación de lo más significativa referente al tiempo y la eternidad y sin la cual no abarcaríamos a cabalidad su concepto del alma del mundo y de los tres principios enumerados, “son el pasado y el futuro formas que en nuestra ignorancia transportamos muy inoportunamente al Ser eterno, del que decimos: ‘fue’, ‘es’ y ‘será’; ‘es’ es todo lo que de ello puede decirse con verdad.” Nos aclara entonces que “‘fue’ y ‘será’ no convienen más que a lo que se engendra en el tiempo”; agregaríamos nosotros, es en cuanto al Ser, en tanto que “como el Ser eterno e inmutable no podría ser ni más viejo ni más joven, no es ni ha sido ni será en el tiempo,” por ende no está sujeto a las contingencias y manifestaciones del devenir de los ciclos, sean estos de la extensión que sean, es decir que “el pasado es el pasado, el presente es el presente, el futuro es el futuro y el no-ser es el no-ser”^{xiii}, no obstante ninguna de estas “valoraciones” tiene una exactitud ya que para Platón la clave será distinguir entre tiempo (el ser) y Eternidad (el ser eterno), que desde otros discursos o doctrinas pudiera ser: el Ser (lo manifestable) y el No ser (lo no manifestable e inmutable), y conteniendo a ambos la Eternidad o la Identidad Suprema o el *Ain* o el *Brahma* Absoluto o el *Tao* o...

^x Es imposible no pensar en el Génesis bíblico.

^{xi} “Timeo”, pp. 671-687.

^{xii} *Ibidem*. p. 686. Es imposible negar las semejanzas encontradas en las doctrinas hasta ahora descritas: el árbol sefirótico inscrito en la Cábala, el mazdeísmo y la doctrina platónica.

^{xiii} *Cfr.* p. 677.

Entre los neoplatónicos y neopitagóricos encontramos variadas referencias del alma. Plutarco menciona que los *daemons* participan de la naturaleza del alma en la misma relación que las facultades sensibles de la percepción corporal.^{xiv} Más adelante, “Apis es la bella imagen corporal del alma de Osiris.”^{xv} En tanto las almas de los hombres se encuentran encerradas en “esos cuerpos” los cuales se hallan sujetos a las pasiones, por ende para el alma la única posibilidad de participar del dios es mediante “una visión velada que permite la inteligencia por medio de la filosofía.”^{xvi} Al lograr las almas dejar la morada material por otra espiritual el dios pasa a ser su guía y rey.

Para Porfirio^{xvii} el estado de pureza debe ser previo a que el alma acceda al conocimiento. Sólo el conocimiento eleva a los hombres a la divinidad, Porfirio nos dice que de entre muchísimas otras disciplinas, Pitágoras convocaba a Mnemósine, entonando versos de Homero y Hesíodo para “suavizar” el alma.^{xviii} Igualmente encontramos que el alma es inmortal.^{xix} En su *Antro de las ninfas de la Odisea*, comenta este filósofo:

...también los persas en sus iniciaciones místicas revelan al iniciado el descenso de las almas y su vuelta de nuevo, denominando al lugar caverna [y dice que Zoroastro consagró una caverna natural en Persia en honor de Mitra] siendo la caverna la imagen del cosmos del que Mitra es demiurgo [con objetos en su interior simétricos y simbolizando los elementos y demás] esta costumbre prevaleció igualmente entre otros, consistente en realizar las iniciaciones en grutas y cavernas, bien naturales o bien artificiales [costumbre que todavía prevalece en varios rituales de iniciación de todo el mundo].^{xx}

Para Porfirio existen las almas secas y húmedas, las segundas (que también las refiere como Ninfas *Náyades*) son las que van a ligarse a un

^{xiv} Plutarco. *Los misterios de Isis y Osiris*. Índigo, Barcelona, 2002, (XXV, p. 47).

^{xv} *Ibidem*. (XXIX, p. 53).

^{xvi} *Ibidem*. (LXXVIII, p. 118).

^{xvii} Porfirio. *Vida de Pitágoras. Argonáuticas Órficas. Himnos Órficos*. Introducciones, traducciones y notas de Miguel Peragio Lorente. Gredos, Madrid, 1987, p. 14, (Introducción).

^{xviii} *Ibidem*. (parágrafos, 32-33).

^{xix} *Ibidem*. (parágrafo, 45).

^{xx} Porfirio. *El antro de las ninfas de la Odisea*. Introducciones, traducciones y notas de Enrique Ángel Ramos Jurado. Gredos, Madrid, 1989, p. 224. Corchetes nuestros.

cuerpo; en tanto el alma pura o seca tiende a huir de la generación y por ello se le considera más sabia. Por su afinidad a la humedad, estas ninfas buscan lugares cerrados y sombríos como las cavernas en tanto que sus ánforas o cráteras deben de ser hechas con piedra (como la cueva), mientras que para Dionisio, dios que requiere del sol como la vid, sus vasijas serán fabricadas de arcilla (tierra cocida por fuego) y que como la vid, serán maduradas por el “fuego celestial”. Algunas ánforas están llenas de panales, esto es, se tornan en portadoras de alimento y vida, pues la miel es el único alimento orgánico incorruptible, este alimento goza todavía de una gran capacidad y reputación en los misterios iniciáticos tanto para purificar como para preservar. La miel sana tanto lo exterior como lo interior del ser humano (el alma), y es en ese viaje mítico “Cuando a los iniciados en el grado de León [nos aclara el traductor que esto pertenece a los rituales de Mitra] se les vierte en las manos [...] miel para lavarlos [e igual se les purifica] la lengua de todo pecado con miel.” Por ello a las almas-ninfas que vivían rectamente también se les llamó “abejas” u “obreras del placer.” Continúa diciéndonos Porfirio que las almas van a descender por el punto o puerta ubicada en el signo de Cáncer que es septentrional (la refiere como la puerta septentrional de la gruta y también a ser utilizada para el descenso de los hombres), en tanto que las almas van a ascender por Capricornio que es meridional (por la que ascienden los dioses), “de los inmortales.”^{xxi} Entonces tenemos que,

Capricornio y Cáncer son los extremos de la Vía Láctea, [...]. <<El pueblo de los sueños>> según Pitágoras, son las almas que se reúnen [...] en la Vía Láctea, así llamada por las almas que se alimentan con leche, cuando caen en generación. [...] los evocadores de almas les ofrendan libaciones de miel mezclada con leche [y así atraer a las almas a generación] arrastradas por el placer, y la leche se genera naturalmente con el nacimiento.^{xxii}

Continuando con el viaje del alma, que como podrá observarse es tanto en sentido descendente como ascendente, el árbol de olivo –símbolo de la sabiduría divina– se encuentra plantado a un lado de la gruta –imagen del cosmos y de lo que genera– es el árbol de Atenea comenta Porfirio, “Árbol de

^{xxi} Para todo lo anterior, *cfr. op. cit.* pp. 227-237.

^{xxii} *Ibidem.* pp. 241 y 242.

hoja perenne [la sabiduría divina o de la filosofía perenne] el olivo ofrece una peculiaridad muy apropiada para las vicisitudes de las almas en el mundo”^{xxiii} ya que su hoja cambia de tonalidad –de temporada en temporada– pero se mantiene siempre verde, así las almas mutan de los peligros de las tinieblas a la claridad del verde olivo que se mantiene “eterno” en su estado.

Salustio^{xxiv} nos comenta de un alma por una parte irracional y sensitiva, y por la otra de un alma racional y que se dirige por la razón. Donde toda “alma buena” se sirve de la inteligencia; una tercera resultante sería cuando el alma racional logra dominar a la irracional, para Salustio este equilibrio otorga justicia.

Por su parte Jámblico^{xxv} distingue una “unidad absoluta” causa de todo movimiento sin participar de él, en tanto que la multiplicidad, la participación del movimiento es parte constitutiva del alma. Para Jámblico el género “dioses” es el más elevado en tanto las almas permanecen al nivel más elemental; en medio de ellos ubica a los héroes y démones, más o menos compartiendo el mismo nivel. Aunque también nos aclara que “al alma le corresponde participar siempre del orden intelectual y de la belleza divina.”^{xxvi} Antes de “encarnarse” el alma en el cuerpo humano existe un “alma etérea”, donde “las revoluciones de los seres celestes” se insertan en “las revoluciones celestiales” precisamente del alma etérea.

^{xxiii} *Ibidem*. p. 245. Por su parte Guénon comenta: “A. K. Coomaraswamy cita a este respecto un pasaje del *Zóhar* donde el ‘Árbol de Vida’, descrito, por lo demás, como ‘extendido de arriba abajo’, o sea invertido, se representa como un ‘Árbol de Luz’, lo que está enteramente de acuerdo con esa identificación; y podemos agregar otra concordancia, tomada de la tradición islámica y no menos notable. En la sura *En-Nûr* [‘La Luz’ Corán, XXIV, 35.], se habla de un ‘árbol bendito’, es decir, cargado de influjos espirituales [en la Cábala hebrea ‘rocío de luz’ que emana del ‘Árbol de Vida’], que no es ‘ni oriental ni occidental’, lo que define netamente su posición ‘central’ o ‘axial’ [el Polo no está situado ni a oriente ni a occidente]; y este árbol es un olivo cuyo aceite alimenta la luz de una lámpara; [...]. Es evidente que, si el árbol está representado aquí como un olivo, ello se debe al poder iluminador del aceite que de él se extrae, y por lo tanto a la naturaleza ígnea y luminosa que está en él; se trata, pues, también en este caso, del ‘Árbol de Luz’ al que acabamos de referirnos”, véase “El ‘Árbol del Mundo’”, en *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Ediciones del Valle de México, México D.F., 1986, p. 284.

^{xxiv} Salustio. *Sobre los dioses y el mundo*. Introducciones, traducciones y notas de Enrique Ángel Ramos Jurado. Gredos, Madrid, 1989, pp. 294-300.

^{xxv} Jámblico. *Respuesta al maestro Abamón a la Carta de Porfirio a Anebo y soluciones a las dificultades que ella plantea (Sobre los misterios egipcios)*. Introducciones, traducciones y notas de Enrique Ángel Ramos Jurado. Gredos, Madrid, 1997.

^{xxvi} *Ibidem*. Libro I, epígrafe 7, p. 53.

Jámblico al hablar de una totalidad, introduce en el neoplatonismo el término gnóstico de *Plérôma* (Proclo le seguirá en esto); aunque él define al alma, frente a los “vivos compuestos” que nacen y mueren, como no engendrada, inmutable e incorruptible; y por supuesto superior en cuanto a ese padecer que deben de sufrir los cuerpos. Frente a la generación, el alma –a fin de liberarla de las ataduras del cuerpo– deberá de efectuar ciertos ritos.

La cosmogonía que utiliza Jámblico incluye categorías claramente gnósticas, habla de arcontes y demonios; pero también de elementos judeocristianos como ángeles y arcángeles. En tanto encontramos igualmente principios ligeramente parecidos que nos recuerdan la concepción mazdea del alma, ya que para Jámblico el alma tiene una doble existencia o vida, una con el cuerpo y otra ajena o fuera del cuerpo, la cual busca relacionarse con otra tercera y más elevada. Precisamente es el intelecto el que es capaz de despertar al alma de su aletargamiento, donde ella reconoce las causas ordenadas por las causas que contiene para ser capaz de unirse al “alma universal” que preside todo el “cuerpo cósmico” para entonces, “una vez elevada, unirnos a los dioses en la medida de lo posible.”^{xxvii} Poco más adelante nos revela –“partiendo de las concepciones herméticas como aclara él” – que el hombre tiene dos almas, una que participa del principio y del demiurgo y otra que es engendrada “a partir del movimiento de los cuerpos celestes” donde refiere dos clases de dioses, “cósmicos e hipercósmicos”, la liberación del alma será por estos últimos.^{xxviii}

Y cuando ha unido el alma con cada una de las partes del Todo y con los poderes divinos que las penetran, entonces la teúrgia conduce el alma al demiurgo universal [...] fuera de toda materia [...] de forma que el alma teúrgica encuentra su perfección en sus actividades, en sus intelecciones y en sus creaciones. Entonces ella instala el alma en la completa divinidad creadora.^{xxix}

^{xxvii} *Ibidem*. Libro VII, epígrafe 4, p. 199.

^{xxviii} *Ibidem*. Libro VIII, epígrafes 6 a 8, pp. 209 y 210.

^{xxix} *Ibidem*. Libro X, epígrafe 6, p. 227.

Proclo^{xxx} a lo largo de sus himnos menciona el alma en varias ocasiones, para nuestro caso resalta en particular el himno a Afrodita, “dicen que tú eres el alma divina del mundo entero ya habites en el éter por encima de las órbitas de los siete círculos...” Clara referencia gnóstica y hermética para el concepto del alma, Afrodita junto con Hermes y Apolo forman –para Proclo– la triada más elevada de los dioses hipercósmicos. El alma del mundo en esta ocasión es invocada en la forma de Afrodita. Por otra parte, en su interpretación del *Crátilo* de Platón, Proclo^{xxxii} comenta que es gracias a Maya, la madre de Hermes, que a las almas se les conceda el poder investigar las causas superiores, ya que las almas antes de “caer en la generación” se sabían provenientes de una sola Alma.

En las Argonáuticas Órficas y en particular en el orfismo de clara influencia dionisiaca, encontramos en su mitología que “Todo gira en torno al binomio muerte-resurrección, y lo mismo que renace el dios [Dioniso] puede nacer el iniciado”^{xxxii} es por ende un viaje del alma representado o mejor, escenificado y revivido por los que efectuaban el rito órfico. Es por demás interesante que uno de los himnos órficos se encuentre consagrado a *Licnito*,^{xxxiii} epíteto de Baco; su incienso es a base de granos para lo cual se requiere de un harnero o criba, símbolo de la divinidad que permite pasar por “las aperturas” a ciertas almas. Encontramos iguales menciones del alma relacionadas con Mnemósine y por supuesto con las musas como nutridoras del alma (LXXVI. “A las musas”), en estrecha relación con las almas de los mortales (LXXVII. “A Mnemósine”).

El llamado Pseudo Plutarco nos refiere “que las almas siguen existiendo tras la muerte y que hablan cuando beben sangre [ya que] la sangre es

^{xxx} Proclo. *Himnos y epigramas*. Traducción, introducción y notas de Álvarez Hoz, Jesús María y García Ruiz, José Miguel. Ediciones Iralka, Bilbao, 1984. Es conveniente tener esta referencia cercana cuando hablemos del cuadro de “La Primavera” de Sandro Botticelli.

^{xxxii} Proclo. *Lecturas del Crátilo de Platón*. Edición de Jesús M^a Álvarez Hoz, Ángel Gabilondo Pujol y José M. García Ruiz. Akal ediciones, Madrid, 1999, pp. 76 y ss.

^{xxxiii} Porfirio. *Vida de Pitágoras...* Introducciones, traducciones y notas de Miguel Peragio Lorente. Gredos, Madrid, 1987, p. 68, (Introducción). Nos comenta este mismo presentador de la obra, en su nota once, que el orfismo tiene gran relación con el neopitagorismo, así como con los ritos místicos helenísticos y el cristianismo primitivo, lo cual retoma de Robert Eisler, *Orphisch-dionysische Mysterien gadanken*. Hildesheim, 1966.

^{xxxiii} *Himnos Órficos*, op. cit. p. 206.

sustento y alimento del pneuma, y el pneuma es la misma alma o el vehículo del alma.”^{xxxiv} Corresponde siempre hacer una lectura simbólica y no sólo literal del asunto, sangre como fuente de vida. El *pneuma* o el espíritu, se presenta también en forma de soplo, él cual a veces se le refiere como el “*pneuma* externo” es decir propiamente lo que relacionamos con el alma (*psyché*). Para este autor el alma se divide en tres partes: una racional (con sede en la cabeza), otra irracional y a su vez irascible (en el corazón) y la tercera concupiscible (en el vientre). Si bien ubica estas “partes” del alma inspirado por Platón y su *Timeo*, no obstante hemos de señalar que para este último la que se ubica en el corazón no es irritable o arrebatada, todo lo contrario siempre resulta ser un contrapeso adecuado frente a las otras dos.

Los oráculos caldeos^{xxxv} ofrecen también reflexiones de interés acerca de lo que venimos comentando, de clara influencia pitagórica, menos platónica aunque sin embargo presente, así como “practicantes de ritos y conservadores de doctrinas, indicadas por símbolos orales (los *lógia di’ epôn* o fórmulas versificadas) y físicos, de naturaleza tradicional, es decir, de origen divino y regularmente transmitidos, para poder poseer un carácter eficaz o teúrgico.”^{xxxvi} Veneración al fuego, a la diosa virgen de la fecundidad *Anâhitâ* (la cual se ciñe la cintura como más adelante veremos con posteriores diosas femeninas que desean demostrar sus atributos de una feminidad superior), Ártemis con sus perros cazadores y Hécate. Y la incorporación de rasgos propios de grupos anatólicos de origen medo-persa y prácticas magos-caldeos, entre otros. Esta doctrina sostiene que hay siete mundos corporales: uno ígneo y primero, tres etéreos y tres materiales, siendo el último el terrestre o denominada también región sublunar.

Al principio único de todas las cosas lo llaman Padre, Primero y Fuego trascendente, o Único, Bien y Soberano. Este Padre es incognoscible pero “extiende desde su mismidad” la potencia o posibilidad para que pueda

^{xxxiv} Pseudo Plutarco. *Sobre la vida y poesía de Homero*. Introducciones, traducciones y notas de Enrique Ángel Ramos Jurado. Gredos, Madrid, 1989, p. 113.

^{xxxv} Juliano el Caldeo y Juliano el Teúrgo. *Oráculos Caldeos*. Introducción, traducción y notas de Francisco García Bazán. Gredos, Madrid, 1991.

^{xxxvi} *Ibidem*. p. 15 (Introducción).

manifestarse intelectualmente, la “eclosión interna del Padre”, es lo Inteligible “que puede ser entendido pero no entender.” La potencia del Padre genera un abismo o profundidad, fuente o matriz de la que proviene todo cuanto se puede producir, tal como la mónada paterna entendida como el uno en la tradición pitagórica. El seno paterno inmóvil (interior al Padre) da nacimiento a un hijo de su misma naturaleza, es el Intelecto o *Noûs* paterno,

la totalidad intelectual, que es inteligible e intelectiva, que entiende y al tener en sí eternamente los contenidos de su entendimiento está siempre conociendo. Este Intelecto se mira a sí mismo, pero también posee capacidad activa junto con la contemplativa o de ensimismamiento. En tal sentido es Intelecto agente.^{xxxvii}

El Intelecto agente despliega un cosmos viviente mediante un “arquetipo cósmico inmutable” el *hápax epékeina* o “más allá unitariamente” que mora en la fuente de la vida (*Hécate*) puesto en movimiento por *dís epékeina* o “más allá dualmente” que actúa y conoce externamente.

A partir de estos principios supramundanos o “guías cósmicos”, se crea lo cósmico sin mezclarse nunca con lo hipercósmico, “ciñendo por debajo la región de las entidades supracósmicas, produce, sostiene y controla el universo.”^{xxxviii} El universo es el “cuerpo del alma universal” y contiene siete esferas abrazadas, siendo el sol su corazón, efectivamente estos siete mundos abarca la esfera solar (fuego); Saturno, Júpiter y Marte (éter); Venus, Mercurio y la Luna (materiales), con la Tierra inmóvil en el centro. “La tierra es de este modo centro geométrico, *omphalós* del sistema, y el sol centro orgánico o vital, su corazón.”^{xxxix} Aquí se presenta Hécate, Alma del Universo, intermediaria entre lo trascendente y el cosmos. Es madre fecunda y virginal, fuente de vitalidad, por estar su cabeza en el *hápax epékeina* tiene relación con las ideas que llegan del Intelecto paterno como pensamiento en sí mismo, sus manos ejercen su acción en el *dís epékeina*, siendo esta una actividad demiúrgica, son

^{xxxvii} *Ibidem.* pp. 18 y ss. (Introducción). Todas las referencias entre comillas de este y el siguiente

párrafo.

^{xxxviii} *Idem.*

^{xxxix} *Idem.*

las proyecciones de la Inteligencia paterna por intermediación del intelecto agente una vez Hécate les ofrece vida.

Las almas se dirigen idealmente hacia el trasmundo, hacia el seno de Hécate o Alma universal, la constitución activa de las almas particulares es, como todo el sistema de los oráculos caldeos, triádico: fe, verdad y amor. Como podemos observar el *Noûs*, si bien se puede considerar como “volcado como artesano” no plasma directamente sino por medio del Alma o Hécate, cuerpo animado del universo. El Alma es el interior del Intelecto agente, es su mente, su voluntad creadora que con sus extremidades ejecuta (principio de cambio).

Hemos dejado al final estas referencias, ya que como podemos comprender los “*Oráculos Caldeos* delatan una influencia gnóstica de anterior origen cristiano”^{x1} y en ese sentido una influencia bastante amplia. Se podría uno extender en el tema del Alma o cualquier otro mediante esta “cadena áurea” de pensadores y doctrinas Occidentales pasando por Dionisio Areopagita, Ovidio, San Agustín, Boecio, Escoto Eriúgena, Ramón Llull, Beda el Venerable, Alcuino de York, Rabano Mauro, Honorio de Autum, Wilhem de Hirsau, Téofilo, Udalrico de Cluny, Walafrid Strabón, Ulrico E. de Estrasburgo, Bernardo de Claraval y Dante; retomando también por supuesto a Eckhart, Gemisto Pletón, Nicolás de Cusa, Nicolás Flamel, Pico de la Mirándola, Marsilio Ficino, Cornelio Agrippa, Tomás Moro, Paracelso, Jacob Boehme, John Dee, Elías Ashmole, Iñigo Jones, Giordano Bruno, Swedenborg, Martines de Pasqually, Joseph de Maistre; entre muchos otros y llegando hasta nuestros días con Charbonneau-Lassay, Henry Corbin, Jorge Francisco Ferro, Fernando Trejos, Federico González, Francisco Ariza; así como Humberto Martínez y Arturo y Enrique Ponce Guadián. Seguro que se nos fue más de uno. Y por supuesto los dos autores que serán nuestras fuentes primordiales: Ananda Kentish Coomaraswamy y René Guénon.

^{x1} *Ibidem.*, p. 34.

Antes de pasar a mencionar acerca de estos dos últimos autores, enfatizaremos con respecto a los puntos que venimos mencionando, que la interrelación de una doctrina metafísica, cosmológica u ontológica –incluidos en ellas todos los posibles niveles del alma (con sus diversos atributos, planos, mundos y nombres) además de factores que la “circundan” como espíritu y cuerpo– todo ello operará según jerarquías y en un orden que va de lo superior hacia lo inferior sin que ello mutile las interrelaciones en sentido opuesto. La llamada es tanto externa como interna, y sucede de manera casi simultánea, pudiéramos decir; pero es de lo alto que se nos despierta provocando en lo interno una conciencia. Llevando al ser-hombre de un estado adormecido y de los encantos de lo aparente hacia un mundo de las realidades esenciales o de las ideas, es decir, a un “Dios-hombre”, en pocas palabras lo dispone para alcanzar los planos más elevados; ahí donde precisamente deja de operar todo posible “plano” o “mundo”, ya algunas doctrinas como la hinduista se han referido a ese “estado” como la Liberación total y plena.

Para que opere ese encuentro con la luz celestial se nos dice, unánimemente, que sólo es posible mediante una contemplación que despierte a su vez un estado del ser llamado *intuición intelectual* (el nombre como hemos visto puede variar de doctrina en doctrina) propia también de la imaginación creadora. Es una facultad suprasensible, superracional y supraindividual, la cual hará posible la percepción de mundos o planos de la existencia que tienen increíbles fundamentos, es decir, mientras se continúa en ascenso se vislumbra el Principio en sí mismo.

No obstante, ese camino cuenta con símbolos, ritos y mitos; por ende al ser éste un camino con pruebas y trampas se requiere de una guía para lograr comprender las claves con las que se topa uno. Es el camino de la iniciación en los misterios, el cual ha encontrado diversas formas y organizaciones a lo largo de la humanidad. Esa transmisión acontece desde tiempos inmemoriales donde la cadena se presenta ininterrumpida, y donde se demanda primeramente morir al mundo profano para sólo así nacer nuevamente en uno sagrado. Ya que lo que se transmite es precisamente una entrega ininterrumpida y regular de un saber espiritual y del conocimiento; y es en el

acto ritual mismo que se transmite el saber (por medio de sus símbolos vividos y leyendas narradas), él cual se renueva en cada tránsito siendo regular por la continuidad sin rupturas de su cadena transmisora.

Este trabajo desea aproximarse a ese *Taller del Alma* mediante una mirada simbólica del arte y sus elementos constitutivos. Recordarnos nuestro origen y nuestro viaje de retorno, no por los alcances que pudiera uno desarrollar en la letra aquí escrita, sino por lo que cada cual sea capaz de despertar o recordar en su interior. Y es que pensamos que la tarea primordial del arte es esa: recordarnos el origen, exhortarnos a sacudirnos el letargo en el que vivimos, ayudarnos a eliminar la amnesia para retomar a lo consubstancial que nos pertenece desde siempre: recordar el camino a la morada primigenia para lo cual es fundamental primero aquietar el alma, “parar el diálogo interno” ya que, “El acaparamiento por lo mental, y más exactamente por el pensamiento interesado o ansioso, impide que las facultades <<instintivas>> del alma se desplieguen en toda su generosidad original.”^{xli}

Respecto a nuestras fuentes principales

A lo largo del presente trabajo hemos tomado como base teórica planteamientos centrales de dos autores, esto para acercarnos a la concepción del arte desde una óptica de la llamada *Philosophia Perennis et Universalis*, es decir, el arte comprendido por medio del símbolo y aún más, como parte inherente uno del otro, entendiendo siempre este ejemplar ejercicio de interrelación como una transmisión de saberes que tiene como sustento lo supraindividual.

Nuestra primera fuente intelectual es René Guénon quien nace en Blois, Francia en 1886 y muere en Egipto en 1951. Su obra escrita por lo general es poco conocida tanto en el ámbito intelectual como en el académico, no obstante que diversos autores contemporáneos y considerados como autoridades en sus respectivos campos lo hayan citado frecuentemente en sus

^{xli} Titus Burckhardt. *Principios y métodos del arte sagrado*. José J. de Olañeta editor, Barcelona, 2000, p. 162.

escritos, artículos e investigaciones, podemos mencionar por ejemplo a: Antonin Artaud, André Breton, Titus Burckhardt, Ananda K. Coomaraswamy, Gilbert Durand, Gershom Scholem, Jean Hani, Charbonneau-Lassay, Joscelyn Godwin, René Daumal, Daniel Rops, Henry Corbin, Mircea Eliade, entre muchos otros. Por su parte, André Gide quien en algún momento exclamó que si Guénon tuviese la razón, toda su obra caería, más adelante tuvo el valor de aceptar que él nada podía objetar a lo que escribió el pensador de Blois. El adjetivo que le dio a su obra fue de irrefutable. No obstante Guénon siempre se apartaba de cualquier halago pasado o presente, y antes bien, exclamaba que todo error que se pudiese ubicar en su obra era de su entera responsabilidad y no de la doctrina tradicional.

Los libros de René Guénon y de Ananda K. Coomaraswamy, nuestro segundo pilar, nos muestran constantemente una pródiga riqueza y fecundidad de pensamiento, con una prosa extremadamente rigurosa, lógica y precisa, al mismo tiempo que contundente y veraz; en un lenguaje contemporáneo y sin rebajar un ápice, en ningún instante, el conocimiento plasmado en las diferentes corrientes o doctrinas. Sus vidas, casi por completo, las dedicaron a la exposición de las ideas que asimilaron del estudio del pensamiento de las antiguas doctrinas tanto Occidentales como Orientales, acaso considerar este cuerpo tradicional como *esotérico* sea lo más preciso y es necesario aclarar que este término debe de entenderse –por lo que nos indica su raíz– a saber, εσωτερικός, interior y de εσω, dentro; es decir lo contrario a *exotérico*. Por lo tanto es una doctrina que se comunica a algunos cuantos discípulos que reciben la llamada iniciación (de *initiatio*, y este a su vez de *initiāre initiūm*, iniciar en los misterios), ya fuese en una u otra agrupación Oriental u Occidental, en este o en un tiempo pasado.

Por ende, no es fácil –y menos aún deseable desde la perspectiva que nos ubicamos– clasificar ni la obra y mucho menos al pensamiento de estos dos autores, de hecho resulta un poco chocante pensar en estos términos sobre todo alrededor de un *corpus* intelectual como el de Guénon. Él mismo decía que su obra no era, propiamente hablando, ninguna teoría o algún novedoso método e incluso “suya” o “propia”, y que antes bien su único merito

había sido el plasmar algunas ideas tradicionales, desde su experiencia y forma, lo mejor posible.

Al referirnos a las ideas *tradicionales* estas no deben de ser entendidas como costumbres o algo que se “hace por hacer”. Lo que debemos de entender siempre en el contexto de estos dos autores y por ende de todo nuestro trabajo es lo que nos explica su propia raíz. Es decir, la tradición (de *traditio*, *tradere*; transmitir) es un conjunto coherente de ideas –ideas desde los parámetros platónicos– y que se han *transmitido* o *heredado* de generación en generación y desde tiempos inmemoriales (de ahí el relato de los mitos de casi todos los pueblos). A este cuerpo de doctrinas intelectuales tan variadas y fecundas Guénon gustaba de llamarlas como Tradición Primordial o Unánime, misma que a lo largo de su obra procuró mostrar este origen supraindividual de todas ellas. Otra forma de llamarla o referirla es precisamente *Philosophia Perennis et Universalis* expresión más común en nuestro segundo autor.

Ananda Kentish Coomaraswamy, nace en 1877 en Colombo, Ceilán; siendo hijo de padre indio y madre inglesa. Obtiene un doctorado en ciencias en la Universidad de Londres, para 1917 será llamado por el *Museum of Fine Arts* de la ciudad de Boston, confiándole la dirección del Departamento de Artes del Islam y del Medio-oriente, por su labor será considerado como uno de los grandes historiadores del arte indio. Al igual que Guénon fue colaborador en la revista *Etudes Traditionnelles*, además de un cierto número de revistas angloamericanas, entre las cuales destacan *Bulletin of School of Oriental Studies*, *Journal of the Indian Society of Oriental Art*^{xlii} y *Journal of the American Oriental Studies*. La bibliografía de este autor es extensa, cuenta de hecho con más de un millar de títulos entre libros y artículos, la gran mayoría de ellos sin ser traducidos y editados aún al español. Muere en Boston el 9 de septiembre de 1947.

^{xlii} Revista donde por cierto René Guénon publica su artículo “Algunas observaciones sobre la Doctrina de los Ciclos Cósmicos” en 1937, a solicitud de Coomaraswamy. Este artículo se puede hoy leer en su libro póstumo *Formas tradicionales y Ciclos Cósmicos* publicado en Francia en 1970 (continúa sin ser editado en español). Tomado de Francisco García Bazán. *René Guénon y el ocaso de la metafísica*. Obelisco, Barcelona, 1990, p. 91.

Sin embargo, comentar respecto a este autor y su obra, que únicamente fue un especialista en el arte Oriental es quedarse demasiado corto y no hacerle justicia a todo su basto y profundo legado. A lo largo de sus libros procuró constantemente rescatar y poner en relación la doctrina Occidental y Oriental, dando constantes muestras de la enorme relación y anagnórisis que opera entre una y otra. Su obra ha contribuido enormemente a la filosofía, la religión, el arte y las doctrinas de la antigüedad. Mantuvo constante correspondencia con René Guénon cuando este vivía en Egipto.

Si fuese necesario “clasificar” la obra monumental de los dos autores y ponerlos en relación parece ser que sería justo decir que la metafísica y la filosofía perenne o tradición primordial, es el canal por excelencia de comunicación.

El “objeto” de estudio

¿Qué ha acontecido actualmente y en general con el arte y la filosofía que se denotan como separadas, indiferentes o ignorantes de un conjunto de pensamientos de orden espiritual y tradicional? Aún más, debemos de preguntarnos: ¿qué ha ocurrido con la llamada civilización contemporánea y Occidental con respecto a su papel de orden intelectual? No acaso vemos como el arte, y casi toda otra actividad del hombre contemporáneo, se especializa cada vez más y se arroja a los brazos de la industria, la moda, la estética y el “lujo” y demás preceptos que sostienen el discurso de este mundo. ¿Debemos acaso de conformarnos con tal panorama y hacer *mutis*?

Reflexionemos sobre nuestros arquetipos (*archetýpum*, los primeros, los modelos originales, ejemplares y primarios) y los estereotipos (*estereotipia*, fórmulas o expresiones sin variación, hechos con moldes) y es que a veces se les confunde e incluso se les invierte, por ejemplo: ¿Son los logros de la industria y la ingeniería muestras de la sabiduría? Como humanidad, ¿seremos más emotivos que reflexivos? ¿Es la individualidad del artista muestra de la genialidad? ¿La idea del progreso indefinido es real? No es que nos estemos desviando del tema sino afirmando, con una serie de reflexiones, como lo

simbólico acude en forma de rescate, donde los modelos arquetípicos se nos muestran constantemente como sinónimos de lo verdaderamente tradicional. En tanto son los estereotipos los que inundan poco más o menos toda plaza y escuela, y eso podemos observarlo en casi todos los ámbitos de la vida, pues tomar al símbolo exclusivamente como un manejo profano de posible lenguaje “técnico” y “científico” para entender el arte es no entender para nada al símbolo y más aún limitarlo.

Efectivamente, todo verdadero arte –entendido en términos amplios como vocación del ser para el Ser– deberá estar sustentado por una rica simbólica que lo contiene, explica y sustente. No hay símbolo sin arte ni arte sin símbolo. El símbolo es sustancia y esencia supraindividual de la idea arquetípica donde cada uno contiene y se presenta con un cúmulo de significados casi inagotables.

Por ende, lo que nosotros nos proponemos hacer a lo largo de este trabajo es, si bien un acercamiento al arte a partir de lo simbólico contenido en él y sus variadísimas interpretaciones con sus diversas manifestaciones e incluso doctrinas; será ante todo una mirada y un discurso de lo tradicional en lo simbólico del arte y por ende del hombre mismo.

Este ejercicio es tan sólo una muestra, pues bien es cierto que la *Naturaleza* toda es un símbolo, incluyendo letras, colores, notas musicales, números... donde el símbolo opera como un soporte a la contemplación: vela y revela al mismo tiempo.^{xliii} La referencia del discurso artístico o filosófico es tan sólo una posible forma, de entre muchas otras, para aplicar esta síntesis o mejor aún, lenguaje de comprensión. Aunque lejos estamos de pretender hacer una exposición exhaustiva de la llamada filosofía perenne.

^{xliii} La palabra sánscrita *dhyana* significa contemplación, para la doctrina Taoísta se dice *tch'an-na* o *tch'an* y en japonés *zenna* o *zen*. Hemos de aclarar que para la efectiva contemplación se anula toda distinción contingente entre sujeto y objeto, ya que se hacen uno mediante el llamado *Puente del Conocimiento*. Por cierto es esta la finalidad del yoga y no meros ejercicios de piso como supone el basto público, *cfr.* Ananda K. Coomaraswamy. *La danza de Śiva*. Ediciones Siruela, Madrid, 1999.

Lo que es necesario, según pensamos, es volver a introducir los principios y conceptos que conforman una civilización tradicional. No es una vuelta al pasado, ello sería negar toda nuestra forma o esencia actual, es, insistimos más un rescate con su renovada y necesaria aplicación.

Explicaremos entonces como toda creatividad en el llamado proceso artístico está ligada a los principios de la doctrina tradicional en un constante equilibrio entre la forma exterior y el conocer interior o también, dicho en otros términos, entre una facultad de servicio e interacción (actuar con los elementos externos) y otra libre (profundizar en el pensamiento), donde el oficio ha de tornarse en vocación y de ahí a la generación cabal de la obra.

Y es en este sentido, debe aclararse, que primero se suscita la idea y sólo luego su desarrollo, es decir lo que se manifiesta o muestra: lo intelectual maneja o conduce a la forma y a su ejecución y nunca la emoción a la razón por sobre el intelecto. La obra de arte es un producto de sabiduría y método o por lo menos debe tender a serlo.

Por ende uno de los objetivos de este trabajo es explicar la concepción tradicional y aplicación del arte que guarda la doctrina tradicional y las variadas relaciones simbólicas sagradas de la suma de los tiempos contenida en éste y que, no obstante, deberá de observarse toda actividad artística como únicamente una de las posibles esferas del ser humano, o todavía mejor, imaginar que el quehacer humano debiese de estar enfocado hacia esta concepción tradicional donde toda actividad es sacralizada y realizada con arte. Por ello es imprescindible desarrollar, aunque sea brevemente, las diferencias entre una civilización tradicional y otra que no lo es pues esta última se ha apartado, en lo general, de lo sagrado.

Existe hoy día, como Guénon le llamó y advirtió en su momento, una tendencia “individualizante”, donde lo inmediato y pragmático es una de sus constantes. Es un entendimiento del progreso como siempre lineal y para la humanidad toda, la cual busca el “confort espiritual” y la obtención de bienes efímeros, es la promesa de un mundo que en realidad nunca llega y que, muy

por el contrario, denigra progresivamente las capacidades del ser. La tecnología y el comercio en este afán por lo inmediato y por la ganancia aventajan terreno de manera abrumadora: el individuo se convierte en una cifra o en un chip más del sistema operativo, desligándose ilusoriamente de su conciencia trascendental. Los valores por la entidad o pertenencia comunitaria o de organización sufren un desmembramiento.

En todo esto la ciencia ha jugado un papel significativo, por ende, lo que también planteamos es que la ciencia actual no puede abarcar todas las explicaciones de la vida y que, es más, en algunos terrenos no le incumbe aportar “soluciones”; es necesario ampliar los horizontes y empezar a desarrollar otras formas de estudio y acercamiento, y si bien es cierto que la ciencia contemporánea acepta en lo general que existe un proceso continuo de transformación y redefinición de las ideas en donde las tesis son refutadas constantemente, esto no parece ser suficiente e incluso es una muestra de cómo se han llevado al extremo las cosas en la linealidad del progreso científico y tecnológico.

No basta con reconocer que los paradigmas del científico marcan o ciñen su visión del mundo y por ende los resultados de sus observaciones, ya que por supuesto el conocimiento científico en sí mismo no es la causa sino sus torpes medios y aplicaciones. La búsqueda científica, en ciertas áreas, es necesaria, no obstante son muchas veces sus aplicaciones –y el dogma que se ha levantado alrededor de ella– lo que genera una pérdida del hombre; en todo esto nos parece que el punto más delicado es la intromisión en ciertas áreas que no le corresponden como son propiamente la esfera del espíritu y del alma y por supuesto de lo metafísico, entre otras.

Es momento de ir más allá, es necesario conocer como se sustentan y transforman las perspectivas de la realidad en el tiempo y cómo cambian las imágenes de los fenómenos a partir de una serie de factores de compleja interacción que por mucho escapan a nuestra voluntad. Así es, por encima de ella podemos intentar de comprender como existe otra forma de entendimiento

e intelectualidad que es, por muchísimo, más compleja que una caja de neuronas, o mejor, que un sistema.

Expondremos cómo el arte y toda actividad intelectual, se sujeta al principio contemplativo de lo metafísico y es del que trata de explicar e ilustrar, con ejemplos: la *Naturaleza* (en este caso igual a Creación universal) se transforma en arte, y a su vez tal arte es verdadera epifanía. Romper el velo de las apariencias y aprehender que esto que se observa es condición de la Suprema Realidad.

Esa es la tarea por excelencia del arte, por consiguiente sostendremos que todo verdadero arte debe de prepararnos para el encuentro con lo que está más allá de lo temporal. Por ende todo arte, al hablarnos de la Suprema Identidad o al menos intentar acercarse a ella, abre los posibles canales que operan sobre aquel estado que comprende tanto la vida como la muerte.

Comprender los principios que escapan a la sucesión temporal es condición previa para poder captar todo lo que de supraindividual contiene el símbolo. En la actividad artística esto bien lo podemos expresar entre la forma ideal y la figura natural que se unifican, se identifican y se reconcilian en su simbólica unidad común.

A lo largo de nuestro escrito igualmente explicaremos cómo la belleza y la filosofía perenne se encuentran muy por encima de la estética o de la ética, entre otros valores más bien secundarios.^{xliv} Y cómo, *una* manera de consumir o de unir estos discursos ha sido, desde que la civilización se puede nombrar como tal, el símbolo (y el “arte”) como perfecto vehículo de expresión cualitativa. Hablamos de un arte que incluye y abarca los conceptos actuales

^{xliv} La ética es una parte de la filosofía, de ahí que debemos de situarle en jerarquía, es evidente que la ética para tornarnos “justos y felices” (Adela Cortina) es indispensable, al igual que también lo son otros valores. Hablaremos ampliamente de este concepto y de la estética en otro apartado, sólo adelantamos que es necesario situarlas en su correcto ámbito de acción. Por otra parte estamos de acuerdo con Schopenhauer cuando realiza su certera crítica a los tratados de ética y estética. Respecto a esta última, y sin hacer generalizaciones ni agotar el tema, adelantaremos que el fin del arte no está en las “sensaciones” sino en todo caso en el placer del bien inteligible. En pocas palabras el arte debe de ser entendido y comprendido más que sentido.

de artesanía, además de los valores tradicionales: imaginación, creatividad, sueño, fantasía, utopía, leyenda y vocación e incluso Realidad.

Abordamos entonces a la imagen, al color, al número y a la palabra como elementos simbólicos y por ende con un valor cualitativo. Las diversas disciplinas ahora llamadas literatura, historia, arte y filosofía, como ejemplos, tienen sus orígenes en una humanidad que sacralizaba sus actos y por sobre todo sus pensamientos.

Cada apartado del presente trabajo procura contener un porqué y una “liga” con ese bello y contundente entramado de la *philosophia perennis*. Fundamental por ende resulta el desarrollo, al hablar y escribir sopesando el uso de cada letra, acerca de lo metafísico e infinito y de cómo es principal el comprender que: *todo Conocimiento es por participación y recordación*, he aquí la clave y no podemos negar nuestra profunda empatía con buena parte de los planteamientos teóricos y doctrinales de los neopitagóricos y neoplatónicos así como otros más que han continuado con ese sutil e invisible, pero no menos real, lazo o cadena de la tradición primordial.

Apuntalaremos igualmente cómo la contemplación se torna indispensable para todo ejercicio y no sólo el artístico. Contemplar es asimilar e identificarse en el plano intelectual con el objeto de estudio. Esa identificación le otorga “vida” al objeto y en ese mismo instante se regenera y vuelve a presenciarse en nosotros el símbolo, el mito y el rito. La verdadera comprensión sólo es posible cuando el que estudia y la cosa a ser estudiada se unifican en y por el Conocimiento.

En contrapartida, se observará como no puede ser la estética –según se entiende actualmente– la directriz para tratar de entender o estudiar al arte. Por supuesto que, y en congruencia, incluimos una propuesta en el quehacer y acercamiento de lo artístico, una actuación que es inherente del Ser en el ser.



Leer al llamado último metafísico de Occidente –como le nombró Armando Asti Vera a Guénon–^{xlv} así como acercarse a Coomaraswamy, podríamos decir que es un ejercicio ordenador. Se jerarquizan las ideas e intelectualmente es un placer al mismo tiempo que revoluciona la mente. Fácilmente podríamos afirmar que es una odisea que supera toda maravilla que hubiésemos supuesto por nuestros propios medios.

Guénon, francés de nacimiento pero universal por derecho, plantea una implacable crítica al pensamiento y quehacer Occidental, una denuncia al cientificismo, a los movimientos neoespirituales (teosofismo,^{xlvi} espiritismo y ocultismo, martinismo y martinizismo, entre otros), al mismo tiempo que clarifica nuestro entendimiento de las doctrinas ortodoxas tanto Orientales como Occidentales.

No obstante *Abd Al-Wahid Yahia* (“el servidor del Único”), nombre árabe que adoptó por razones de su iniciación en el esoterismo islámico, no es ni un “orientalista” ni un historiador de las religiones y mucho menos, como hemos dicho, un filósofo con algún método novedoso. Él estaba, nos parece, más allá de todas estas clasificaciones y también de las llamadas *conversiones*, por ende tampoco se le puede enmarcar exclusivamente en una doctrina, ya sea cristiana, musulmana, taoísta o cualquier otra. Guénon afirmaba constantemente que para la exposición del pensamiento tradicional y metafísico lo que menos cuentan son las individualidades, fiel a este principio se mantuvo alejado de debates personalizados en el ámbito académico, político u otros similares, aunque no obstante siempre se mostró como un constante denunciante de las desviaciones y de los puntos de vista erróneos al abordar todos estos temas. Ello, sumado a lo que hemos mencionado, es probable que le “otorgase” cierta discriminación para con su obra de parte de variados círculos. Guénon “cultivó rivalidades”, aunque nunca a propósito ni

^{xlv} Cfr. “Introducción” (de Michel Valsán) al libro *Símbolos fundamentales ...*

^{xlvi} Y no la teosofía tradicional de Boehme o Swedenborg, sino este movimiento inventado por una mujer llamada Blavatsky. Guénon tiene todo un libro al respecto, *La teosofía, historia de una pseudo religión*. Editorial Obelisco, Barcelona, 1996.

intencionalmente y siempre como el precio a pagar por la explicación expedita por y hacia la tradición.

Ahora bien, para irnos adentrando en tema es necesario aclarar que es imposible definir a cabalidad lo metafísico, como el pensador de Blois mismo afirmaba, pero en sentido estricto tratar de explicarlo es *comprenderlo*. Precisamente, la doctrina que sostiene la filosofía perenne es de un tipo de conocimiento que no puede encajonarse, es un conocer distinto al científico el cual es racional, discursivo, analítico e indirecto. En tanto que el primero es superracional, sintético y directo, al igual que los símbolos lo son.^{xlvii}

Lo que se requiere para comprender y comunicar el conocimiento metafísico implica y supone el desarrollar una capacidad que Guénon nombraba como *intuición intelectual*.^{xlviii} Esta capacidad además se apoya, necesariamente, en un lenguaje que es ideal para su mejor exposición, ese lenguaje es precisamente el símbolo. Todo símbolo sin embargo contiene y explica en realidad otros dos preceptos claves: rito y mito, pudiendo creer que son “partes” independientes cuando en realidad son una unidad armónica en sí misma y que los contiene a los tres. Este *intelecto agente* como dirían los órficos, Aristóteles y neopitagóricos, nos puede revelar los misterios últimos y más universales. Evidentemente que este conocimiento metafísico es inclasificable y menos aún demostrable en términos científicos. Aunque es real que la toma de conciencia de lo que es permanente e inmutable fuera de toda condición temporal o espacial opera cuando el ser conoce. Cuando el tiempo da paso a la Eternidad y cuando la sucesión transmuta en simultaneidad, y esto igualmente tiene que ver con la que apuntábamos como intuición intelectual.

Aunque igual debemos de anotar, y como en repetidas ocasiones señaló René Guénon, que Aristóteles –cuando habló de metafísica– en realidad no trascendió jamás el plano ontológico (sin embargo no se proponía más que

^{xlvii} Superracional, lo cual nada tiene que ver con algún “inconsciente” o “subconsciente”. Estos dos más bien son parte de un plano infrahumano, todo “inconsciente colectivo” está muy lejos de tener algo que ver con las realidades supraindividuales y superracionales como fuentes del símbolo.

^{xlviii} Es decir un conocimiento directo y superracional, es una toma de conciencia directa y con un asentamiento inmediato. No tiene nada que ver con lo infrarracional, sentimental, instintivo o puramente sensible.

eso), ya que estudió al ser en cuanto ser. Por si esto fuese poco, el Ser, aún en su aspecto más elevado, es decir como principio de la manifestación, no puede por ello mismo ser infinito (metafísico), pues está precisamente sujeto a los principios de la manifestación. Más allá del Ser está el No Ser, y lo verdaderamente Infinito “abarca” a ambos. Esta concepción de la metafísica es la que Coomaraswamy llamará *philosophia perennis et Universalis*, herencia común de toda la humanidad sin excepción.

Como vemos el símbolo es indispensable para poder hablar de algo que escapa a casi toda definición del lenguaje, sobre todo de cualquier lengua actual Occidental. Los símbolos son una representación sensible de una idea, su principio se basa en la existencia de una relación de correspondencias y analogías entre la idea y su grafía. Contiene la sustancia y esencia de esas ideas arquetípicas las cuales encuentran sus formas de expresión en variados ámbitos del ser humano con formas diversas y que en realidad lo alimentan.

Es imposible agotar el significado de los símbolos, incluso de uno solo. Contienen muchísimos niveles y pluralidad de sentidos que se basan en una ley de correspondencias (analogías) y que por tanto abarcan planos diversos. Lo que resulta importante, creemos, es recordar en este momento que para que esto sea así, necesariamente lo simbolizado siempre será un reflejo de algo superior (como indica Guénon) y que no puede haber nada “análogo” en un mismo plano o nivel, a ello más bien se le debería de colocar el adjetivo de “similar” o “parecido”.

Entendemos aquí la analogía exclusivamente en su acepción más rigurosa, es decir, según la fórmula hermética, como la relación de ‘lo que está abajo’ con ‘lo que está arriba’, relación que, según lo hemos explicado a menudo con motivo de los muchos casos en que hemos tenido ocasión de considerarla, implica esencialmente la aplicación del ‘sentido inverso’ de sus dos términos...^{xlix}

^{xlix} René Guénon, “Los símbolos de la analogía”, en *Símbolos fundamentales...* p. 277. Es decir, no toda correspondencia es analógica, por “sus dos términos” hemos de entender necesariamente un sentido ascendente y otro descendente o bien que ese símbolo analógico opera en éste plano en analogía con otro plano superior.

Por ende es siempre necesario que lo simbolizado tome como su fuente de referencia a planos elevados y, en última y primera instancia, a la idea *Divinidad*, donde el “apellido” (forma exotérica) toma diversas representaciones según tiempo y circunstancias. Estos múltiples significados que contienen cada uno de los símbolos no se excluyen, al contrario, se complementan entre sí. Podríamos decir que entre ellos logran una síntesis perfecta del cosmos o mejor dicho, el cosmos mismo es ya un símbolo y más allá de éste se hallará el Principio Absoluto o la Eternidad.

La interpretación del símbolo por supuesto que no excluye el sentido y estudio histórico.¹ Ahora bien, recurrimos al “lenguaje simbólico” y no a uno exclusivamente filosófico, sistémico u otro, por las enormes ventajas que ofrece el primero al transmitir significados no conceptuales y mucho menos cerrados, ya que al no ser un *sistema* deja abiertas las formas del entendimiento. Es provocar un espacio posible en medio de la incomprensión de los planteamientos de varias doctrinas, incluso mantenerse apartado de la degradación del “sentido simbólico” en variadísimos círculos, ya sea como el mercado de la denominada “nueva era” –muestra clara de lo banal y poco serio de algunos autores, libros y sitios en Internet que resultan ser ligeros y superficiales, por decir lo menos– así como de otros ámbitos de pseudo estudio.

Guénon fue iniciado en varias doctrinas ortodoxas –ubicamos al menos cuatro–; esto mismo le permitió tener acceso a fuentes diversas y privilegiadas. Estas veneras muchas veces no eran, y no son, escritas siempre y/o tan “conocidas” por el “mundo oficial”, aunque valoramos que es casi imposible que ocurriese lo contrario. Fue este, al parecer, uno de los principales puntos que sus detractores le señalaron constantemente a Guénon. Lo cierto es que no podemos aquí dar cuenta de toda la autoridad que tiene este prolífero autor en diversos temas y ámbitos, tan sólo mencionaremos que su obra es reconocida

¹ De ello intentaremos dar muestra cuando hablemos de los evangelios apócrifos, del medallón de Jano o de los misterios de Eleusis.

en algunos círculos tanto cristianos como hinduistas, musulmanes y judíos, taoístas y budistas.^{li}

Guénon en su artículo “La reforma de la mentalidad moderna”^{lii} expone, y parafraseándolo, que la civilización actual ha ganado un papel en la historia por ser una verdadera anomalía, ya que es la única que se ha desarrollado en un sentido puramente material sin ningún principio de orden superior. No obstante lo dicho es necesario que se aclare, que Guénon llegó igual a comentar que ninguna civilización podría sostenerse sin un principio espiritual, esto se explica por lo que hay de tradicional todavía tanto en Occidente como en Oriente.

En todo caso lo que resalta –continuando con lo expuesto por Guénon en ese artículo– es que hay un olvido de la verdadera intelectualidad, lo que ha hecho posible una desmerecida importancia para con el racionalismo (a ultranza) y un incremento del sentimentalismo. Como dice él, la noción de la verdad ha sido rebajada a una mera representación de la realidad sensible, dentro de ésta lo que más importa es que sea siempre “útil” (con un beneficio inmediato). Además la religión se ha tornado, en lo general y para la gran mayoría, en un asunto meramente sentimental con el consecuente debilitamiento de la enseñanza intelectual. Finalmente menciona que hay que exponer el significado de los símbolos tradicionales lo más completamente que se pueda, restituyendo su alcance intelectual. A pesar de la crítica que ha realizado Guénon sobre la civilización actual, pensamos y ¿quién sabe?, pareciera ser que estamos viviendo actualmente un reverdecer de lo tradicional, es como si en este cierre del ciclo la tradición y la filosofía perenne renacieran de entre sus cenizas, ¿tendrá algo que ver la labor de Guénon y Coomaraswamy en todo esto?

^{li} Tan es así que muchos tibetanos que lo han leído lo consideran “un gran lama”. Dos de sus obras se tradujeron en lengua tibetana: *La crisis del mundo moderno* y *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos* bajo el título de *El Kali Yuga y sus peligros*. Señalar a este autor como miembro de cualquier secta o fuera de lo ortodoxo sólo es comprensible por una ignorancia al no haber leído su obra o por mala fe, una de otra en realidad no distan mucho.

^{lii} Cfr. *Símbolos fundamentales...* p. 3.

Retomando nuestro punto anterior, notemos que, y aunque efectivamente, tal es el estado actual y en general del ser humano que, sin el símbolo, sería casi imposible poder conocer la doctrina tradicional. “El Verbo, el *Lógos*, es a la vez Pensamiento y Palabra: en sí, es el Intelecto divino, que es el ‘lugar de los posibles’”.^{liii} De ahí, que para Guénon, cuando dice Intelectual sea sinónimo de Espiritual. Y es ese Verbo el que se manifiesta precisamente en toda la creación, es su obra y su afirmación exterior tomando al símbolo y a la Naturaleza como el medio ideal de representarse, convirtiéndose estos a su vez en vehículos excelentes para esta *metanoia*, no sólo del Verbo por su acción, insistimos, sino de cada ser que comprende al Ser.

Todo lo que es, cualquiera sea su modo de ser, al tener su principio en el Intelecto divino, traduce o representa ese principio a su manera y según su orden de existencia; y así, de un orden en otro, todas las cosas se encadenan y corresponden para concurrir a la armonía universal y total, que es como un reflejo de la Unidad divina misma [...] la naturaleza solo adquiere su plena significación si se la considera en cuanto proveedora de un medio para elevarnos al conocimiento de las verdades divinas, lo que es, precisamente, también el papel esencial que hemos reconocido al simbolismo.^{liv}

Visto entonces como proveedor, lo simbólico no es fin sino medio, siendo todo un arte en permanente recreación. Podemos así irnos acercando a la comprensión de que el *artifex* de la antigüedad vivía su papel encaminado a buscar esa perfección y ganarse una posible vocación, o mejor dicho, a descubrirla. Su oficio se tornaba vocación por los fines en que dirigía su quehacer.

Si los oficios incluían entonces a las artes propiamente dichas que no presentaban ningún rasgo distintivo importante respecto a ellos, es porque su naturaleza era verdaderamente cualitativa, pues nadie se atrevería a negarle al arte tal naturaleza que tiene por definición; el problema es que, precisamente debido a ello, los modernos, desde la mermada concepción que se hacen del arte, lo relegan a una especie de ámbito cerrado que

^{liii} René Guénon, *op. cit.* capítulo “El Verbo y el Símbolo”, p. 10.

^{liv} *Ibidem.*, p. 11.

no tiene ya la menor relación con el resto de la actividad humana, es decir, con todo lo que ellos consideran constitutivos de lo 'real', en el muy grosero sentido que suelen dar a dicho término; llegan incluso a calificar tal arte, despojándolo de todo alcance práctico, como 'actividad de lujo'.^{iv}

Ese sentido práctico, aclaremos, nada tiene que ver con una función "utilitaria", mercantilmente hablando, sino que es práctico en el sentido de las posibilidades del Ser: desde el sentido de la contemplación o como soportes de la meditación hasta despertadores de ideas, entre muchas otras. Para poder asimilar esto, es necesario ubicar que en una civilización tradicional todo estaba ligado a un principio, de manera tal que en ella todo se manifestaba como aplicación y prolongación de una doctrina intelectual y metafísica. Guénon pone como una posible referencia la construcción de catedrales durante la Edad Media, donde se tenía el axioma de que "el arte sin ciencia nada es", *ars sine scientia nihil*, y donde evidentemente el concepto ciencia no tenía y no tiene nada que ver con la actual forma de hacer ciencia. El punto está en que anteriormente toda actividad era sagrada, o cuando menos tendía a serlo: el rito, el mito y el símbolo penetraba en todo ejercicio humano constituyendo o englobando la vida toda. Es más que obvio, que no es que no existiera algo fuera de la tradición, pero se le consideraba siempre como algo anómalo, casi lo contrario de lo que ocurre hoy en día.

Vocación (del latín *vocatio*, acción de llamar) por ende implica cumplir con la función (de ahí oficio y su etimología del latín *officium*, contracción de *opificium*, de *opus*.- obra, trabajo o labor y *facio*.- hacer o realizar algo; es decir ocupación, incluso profesión (lo que se hace referido a los demás), servicio, o ministerio del latín *ministerium*, función o capacidad de acción, primeramente intelectual y después motora o ejecutora) a la que le destina la propia naturaleza, donde se cumple con el orden social y más allá de él, es decir, "... en la concepción tradicional son las cualidades esenciales de los seres las que determinan su actividad, en cambio, la concepción profana prescinde de dichas

^{iv} René Guénon. *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*. Editorial Paidós Orientalia, Barcelona, 1997, p. 55.

cualidades por no considerar a los individuos más como ‘unidades’ intercambiables y puramente numéricas”.^{lvi}

Por el contrario, al haber un equilibrio entre la forma exterior y el conocer interior, la obra producida no podrá ser sino perfecta por estar en correspondencia con sus cualidades. La obra es maestra porque cumple a cabalidad con ello al mismo tiempo que con todos los demás planos.

No obstante “cuán desgraciadamente cierto es el hecho de que, en el ‘reino de la cantidad’, el oficio haya pasado a ser una ‘reliquia del pasado’, como lo afirman los satisfechos partidarios del ‘progreso’”.^{lvii} La máquina deshumaniza, en tanto la herramienta genera la posibilidad del oficio. La máquina es un verdadero ídolo de nuestro tiempo, nos lleva a verdaderos extractos infrahumanos y que como bien lo comenta nuestro autor, el triunfo de la cantidad es el triunfo de la uniformidad dándonos como ejemplo los departamentos a manera de modernas colmenas donde viven los trabajadores uniformados; con los mismos muebles, comida y programas de televisión; y objetos producidos masivamente. Todo ello quita de la vista cualquier resquicio de las ideas tradicionales y de los valores cualitativos.



Retomando a nuestro segundo autor, Ananda Kentish Coomaraswamy, ubicamos una cita imprescindible que retrata muy bien la idea no sólo del quehacer artístico sino de lo que podemos entender como arte y sus interrelaciones con el conjunto de las diversas actividades del ser humano.

En la producción de cualquier cosa hecha con arte, o en el ejercicio de cualquier arte, están implicadas simultáneamente dos facultades, respectivamente imaginativa y operativa, y libre y servil. La primera consiste en la concepción de alguna idea en una forma imitable, y la segunda, en la imitación (*mimesis*) de ese modelo

^{lvi} *Ibidem.*, p. 57.

^{lvii} *Ibidem.*, p. 59.

invisible (*paradeigma*)^{lviii} en un material determinado, que es, así, informado.^{lix}

Efectivamente el arte en su parte imaginativa tiene a su vez un doble aspecto: el trabajo intelectual (*noûs*) y el de las manos (*cheir*). Y estos operan en todo proceso artístico no importando el área, uno corresponde más con el intelecto –por ende con el espíritu– y la otra con una parte sensitiva y psicofísica. Ambos nos arrojan una *synergoi*, es decir, el ego del artista ha de servir al Sí mismo, cuando esto se logra se llega a una integración en la obra de arte.

Tenemos entonces respectivamente dos facultades: la *causa formal* y la *causa eficiente*, donde nadie podrá ser completamente espiritual como tampoco completamente material y esto, aunque pueda parecer un lugar común, es digno de reflexión ya que vemos con “el ojo del alma las formas inmateriales (*ideai*) de las cosas materiales que había que hacer, y esas formas tenían que ser reproducidas como imitaciones sensibles, por decirlo así, del gráfico arquetípico y de los modelos inteligibles...”^{lx} Siguiendo a Coomaraswamy, siempre para este punto, nos comenta que San Buenaventura afirma que “la obra de arte procede del artista con arreglo a un modelo existente en la mente; el artista descubre (*excogitat = cintayati*) antes de producir, y luego produce según ha determinado.”^{lxi} Lo externo obedece a lo interno, lo activo se reclina ante lo pasivo, todo ello según los valores de cualquier civilización tradicional. “La obra de arte es, pues, un producto a la vez de la sabiduría y el método, o la razón y el arte (*sophia* y *logos*, y *techne*).”^{lxii} Y es claro que estamos de lleno en la utilización de estos conceptos desde la óptica tradicional y que después serán retomados por la ciencia moderna con otro sentido.

^{lviii} Aquí nuestro autor refiere la imitación y cita en su nota de pie de página a Apolonio, Platón, Plotino y dos textos de la tradición del Vedānta.

^{lix} Coomaraswamy. *Sobre la doctrina tradicional del arte*. José J. de Olañeta, editor; Barcelona, 2001, p. 45.

^{lx} *Idem*. Retoma a Filón respecto a la construcción del Tabernáculo y de cómo fue explicada a Moisés en la Montaña por YHVH.

^{lxi} *Ibidem.*, p. 46.

^{lxii} *Ibidem.*, p. 47. Coomaraswamy en sus notas de pie de página comenta acerca de los himnos homéricos y de Plutarco en el mismo sentido que él viene desarrollando.

Cabe señalar que las referencias primarias de la palabra *sophia* y *episteme*, cf. al hebreo *hochmâ* y el sánscrito *mâyâ*, atañen a la ‘habilidad’ o ‘ciencia’ del artista, a partir de las cuales se ha desarrollado el sentido de ‘sabiduría’; [...] mientras que *techne* a menudo puede traducirse por ‘arte’ en cuanto opuesto a ‘la labor sin arte’ (*atechnos tribe*), esta distinción es la misma que existe entre la simple ‘industria’ (*tribe*) y el ‘método’ (*methodos*).^{lxiii}

Así las artes, sin este sustento, pasan a ser meras prácticas y trabajos, o “experiencias estéticas” dicen algunos críticos contemporáneos. Nosotros por supuesto distinguimos arte de una mera experiencia sensitiva, aunque el artista requiera de ambas (así como también es preciso diferenciar entre ética, filosofía y sabiduría), no obstante el hombre íntegro requiera de todas ellas pero también de su utilización según el medio y el ámbito de acción. Asimismo no podemos dejar de mencionar otra diferenciación de las ideas, entre ciencia (en el sentido moderno) e, industria, frente al y conocimiento (gnosis) o bien intuición intelectual como ya lo referimos anteriormente.

Nuestra causa eficiente (las manos o cualquier otro elemento) y nuestra causa formal (el intelecto), trabajarán en equilibrio y armonía de las partes para lograr el cometido. Es en este momento que Coomaraswamy nos comenta sobre la simbólica de esto a partir de la mitología griega, con la presencia de Atenea como diosa de la Sabiduría y Hefesto como el titán herrero cuyas obras son producidas con la ayuda de su hermana. Así es, ambos comparten un origen, son hijos de Zeus; viven en la misma casa, en un santuario (*hieron*) y es ahí donde uno debe de buscarlos. La sabiduría artística inmanente (*entechnon sophian*) y el “fuego” son robados por Prometeo y otorgado a los hombres como dote divina (*moira*).

Aquí las palabras *entechnos* y *moira* significan que el ‘artista humano que está en posesión de su arte’ (*entechnos demiourgos*) es tal por participación (*methexis, metalepsis*) en el poder creador del Maestro Arquitecto. De hecho, Atenea y Hefesto, ‘concordando en su amor a la sabiduría y a la artesanía (*philosophia* y *philotechnia*),

^{lxiii} *Idem*. Nuestro autor ha retomado a Platón, Aristóteles y por supuesto la tradición del Vedānta y la Cábala, en donde *Hochmâ* o también *Hokhmah* (Sabiduría) viene a ser uno de los diez atributos o rostros de Dios, ubicándose al comienzo del pilar de la Gracia en el Árbol Sefirótico.

eligieron juntos esta tierra nuestra como naturalmente adecuada para ser el hogar de la virtud y la sabiduría...^{lxiv}

Así entonces, todo artista deberá de cultivar una ciencia y una habilidad, haciéndose cargo de ambas (sabiduría y método) y tomando conciencia de que estas operaciones incluyen una parte libre y otra servil, una parte de imaginación y otra de ejecución, “es Atenea la que inspira lo que Hefesto efectúa.”^{lxv} Es evidente que en una producción mecánica o de la industria moderna la única parte que opera es la servil, es “una cuestión de mera ‘*labor imperita*’ (*atechnos tribe*) y él es reducido a la condición del simple esclavo que recibe dinero de un amo, o de simple (*cheirotechnes*), más bien que del arquitecto o amante de la sabiduría.”^{lxvi}

Este breve pero nutrido ensayo del autor (seis páginas más sus notas) y que venimos comentando, lo hemos casi reproducido, en buena medida por el valor y sustancia que encontramos en él. Pensar el arte, para nosotros, es tratar de comprenderlo a cabalidad como participación de las relaciones simbólicas contenidas en todo lo que se realiza apegado por y hacia las doctrinas tradicionales, es una parte del quehacer del hombre tradicional.

En ese sentido es fundamental reconocer que los actos creadores requieren una conciencia de lo que está más allá de nuestras propias fuerzas y por ello es de suyo interesante una reflexión que nos proporciona Walter F. Otto:

El fenómeno creativo ha de dar cuenta de sí mismo. Y este testimonio no puede significar más que el espíritu humano *no* crea únicamente a partir de sus propias fuerzas, ni siquiera en las circunstancias más favorables, sino que necesita el roce y la inspiración de un fabuloso Otro, y que la eficacia de ese Otro, sea cual fuere el talento humano, constituye la parte más importante del proceso creador en su globalidad. [...] debemos reconocer que los actos creadores de gran envergadura requieren necesariamente

^{lxiv} *Ibidem.*, pp. 48 y 49. Coomaraswamy continúa apoyándose en los himnos homéricos y en Platón, básicamente.

^{lxv} *Idem.*

^{lxvi} *Ibidem.*, p. 50.

la conciencia viva de la presencia de un ser superior y que nuestro juicio del fenómeno que entraña dicha creación jamás podrá ser justo si no acepta este hecho.^{lxvii}

¿Discursos encontrados o de distintos ámbitos de acción y contemplación?

No se trata de hacer a un lado la razón, lo cual es absurdo tan sólo suponerlo, más bien hay que ubicarla en su justo lugar y saber que no es el único discurso que nos puede explicar todo lo que sea digno de una explicación y que incluso en algunos terrenos no tiene la plena cabalidad y capacidad para poder realizarla por sí sola. Tener la creencia y en algunos la obsesión, de la supremacía de la razón, es negar todo cuanto es supraindividual y superracional.

La intuición intelectual es el otro discurso necesario para poder penetrar el verdadero conocimiento metafísico. Y su negación, quizás sin darnos cuenta, también repele a toda autoridad de origen divino, donde individualismo, simplificación, uniformidad, sensiblería y heterodoxia son “reinas”. La razón y su uso como en la psicología o demás ciencias, deben de ocupar el plano que les corresponde, pretender confundir al espíritu con la mente es sólo una muestra de los errores más comunes que encontramos. La filosofía y el arte Occidental pueden y deben encontrar su rumbo nuevamente, es decir la concepción toda que vivimos y actualizamos todos los días de civilización y humanidad. La filosofía, por ejemplo, ha de saberse no como fin en sí misma y sí como preparatoria para la verdadera sabiduría supraindividual.

Sabemos que esto implica un cambio en todo el conjunto de las actividades humanas y que es una tarea casi imposible: ¿por el sólo hecho de que esto sea así no hay que hacer nada y sólo cruzarse de brazos? Qué importa nuestro alcance, ahí, el que sea, será importante para cada ámbito de acción.

^{lxvii} Walter F. Otto. *Dioniso. Mito y Culto*. Ediciones Siruela, Madrid, 1997, pp. 26-27. Cursivas del autor.



No es nuestra intención hacer un examen minucioso de todos los autores que nombran y de una u otra forma confrontan tanto Coomaraswamy como Guénon a lo largo de sus obras. Aunque resalta por mucho una fuerte crítica que Guénon hacía acerca de los planteamientos de Leibniz y Descartes,^{lxviii} a este último le achaca la valorización desmedida del racionalismo y su papel protagónico en el pensamiento humano a partir de sus teorías.

Otro autor que encaja perfectamente en estos momentos para la crítica de la razón y que también Guénon menciona es Bergson, ya que a pesar de que este último confrontó algunos de los planteamientos de Descartes, “cae a su vez en una postura errónea cuando empieza a buscar en el ámbito de lo ‘infrarracional’ en lugar de elevarse a lo ‘suprarracional’ lo que pueda suplir a la razón”^{lxix} Suplir en el sentido al que refiere Guénon, es la necesidad de restituir el orden de las cosas y que lo suprarracional y supraindividual vuelvan a ocupar el papel que les corresponde. De lo contrario la razón por sí misma se hundirá en la más burda de las materialidades perdiendo toda noción de la verdad.

Efectivamente, es esta construcción del mundo actual la que ha llegado a atrofiar ciertas facultades del ser humano, no permitiéndole sino ver lo inmediato y sensible. Esta desviación es la que nuestro autor nombra como el “reino de la cantidad”, en donde “nunca el mundo ni el hombre se habían visto disminuidos hasta el punto de quedar reducidos a simples entidades corpóreas privadas, por hipótesis, de la menor posibilidad de comunicación con cualquier otro orden de realidad”^{lxx}.

^{lxviii} Vale la pena leer el libro de R. Guénon *Los principios del cálculo infinitesimal*, en donde hace una detallada explicación de los principios metafísicos y la crítica de las teorías de estos dos autores, pilares, en muchos sentidos de la razón y el positivismo. De hecho el nacimiento de la ciencia actual bien podría tener su cuna en estos autores. Guénon además da cuenta de las modernas teorías matemáticas sobre dos o más supuestos “infinitos”, entre otros y varios interesantes puntos.

^{lxix} *El reino de la cantidad y...* p. 87.

^{lxx} *Ibidem.* p. 107.

La crítica no es exclusiva para el método de la observación de los hechos sino que incluimos a la ciencia que más o menos abandona el ámbito de la mera observación y desea sacar algún resultado de una cierta acumulación indefinida de detalles particulares, arrojando laboriosas edificaciones de teorías exclusivamente hipotéticas las cuales –y teniendo como base a lo empírico– no pueden dejar de serlo. Tales hipótesis se levantan en ideas preconcebidas además de estar sujetas a algunas de las tendencias dominantes del momento, no obstante el amplio público cuando desea conocerlas no sabe del todo que éstas se encuentran en desuso para buena parte del mundo científico,

...ya se conoce la creciente rapidez con la que tales hipótesis son abandonadas y rechazadas en nuestra época, y resulta evidente que estos cambios continuos bastan, como es evidente, para demostrar su poca solidez y la imposibilidad de reconocerles valor alguno como conocimiento real; por ello y en el propio pensamiento de los científicos, adoptan un carácter convencional, es decir, en definitiva, irreal [...] el peligro que suponen tan ilusorias teorías reside fundamentalmente en la influencia que, por el mero hecho de autodenominarse ‘científicas’ son capaces de ejercer sobre el ‘gran público’, que, por su parte, las toma completamente en serio y las acepta a ojos cerrados como verdaderos ‘dogmas’ [...] donde además suelen presentarse bajo una forma decididamente ‘simplista’ y afirmativa, y no ya como simples hipótesis que eran en realidad para sus autores.^{lxxi}

Tampoco se trata, con base en la filosofía perenne, de que el hombre tenga un coloquio consigo mismo (E. Cassirer) sino de que logre la anhelada comprensión que abarca al “otro” pasando a ser en la Unidad. Efectivamente, somos símbolos en movimiento, pero en realidad todo es simbólico y esto no es un juego del lenguaje (metáforas o algo parecido): la filosofía, el arte o cualquier otra actividad pueden ser y de hecho son simbólicas, porque es gracias al símbolo que se conforman y no al contrario. Menos aún se trata de estudiar estas “esencias” de la manifestación como si fuese obra exclusiva del ser humano operando como meros observadores lógicos (Husserl) de datos sensibles o morales, ello conlleva una sujeción a lo contingente y pasajero sin

^{lxxi} *Ibidem.* pp. 110 y 111.

poder comprender el sentido profundo de aquellos símbolos en movimiento (ritos), dramatizados y a veces contados en algún relato (mito).^{lxxii}

Para aclarar lo antes mencionado sea necesario afirmar, una vez más, que no se debe de confundir a lo ontológico (el Ser) con lo metafísico (el No ser), al espíritu (siendo uno con todos) con el alma (la cual como hemos visto contiene variadísimos niveles igual que el llamado espíritu) y/o en todo caso confundir a su vez el alma superior con la psique (llamada también, como ya mencionamos, alma inferior); entre otros posibles puntos de galimatías que no son, desafortunadamente, nada raros de encontrarse.

Ya que de lo contrario, todas estas alteraciones nos llevan a no poder comprender los estados múltiples del Ser, de la misma manera creemos que es delicado embrollar la ética con la filosofía, denigrándola a esta última, aún más, a un sentido completamente utilitarista. Otro punto de confusión, como veremos, aunque bastante más antiguo pero que viene a “relucir” en estos tiempos, es confundir lo estético (la sensación) con lo bello (la obra en sí).

Por ende, no es suficiente con que las ciencias se declaren “independientes”, negando todo aquello que las supera –incluyendo el orden o principio superior– y aún peor, denigrándolo como meramente ilusorio pues no encaja en su *sistema* de estudio y reflexión.

Queriendo separar radicalmente las ciencias de todo principio superior, so pretexto de asegurar su independencia, la concepción moderna les quita toda significación profunda, e inclusive todo interés verdadero desde el punto de vista del conocimiento, y ella no puede desembocar más que en un callejón sin salida, puesto que los encierra en un dominio irremediabilmente limitado.^{lxxiii}

^{lxxii} Para aquellos interesados en todas estas teorías científicas apoyadas en los fenómenos psicologistas o en una supuesta lógica matemática véase, con la debida y detallada argumentación de Guénon, su obra póstuma *Psicología* y el ya apuntado libro, *Los principios del cálculo infinitesimal*. La primera es una obra recopilada por sus alumnos y que, como muchísimas otras de este autor, no ha sido editada aún en español. No obstante se le puede encontrar en <http://www.geocities.com/símbolos/rg-psi00.htm>. La segunda obra acaba de ser editada por Sanz y Torres, Ignitus. Madrid, 2007. No nos podemos extender demasiado en estos puntos, que por lo demás, tampoco son el tema central del trabajo.

^{lxxiii} René Guénon. *La crisis del mundo moderno*. Obelisco, Barcelona, 1988, p. 44.

Tenemos como consecuencia una dispersión en el detalle, la especialidad de la especialidad y un análisis que muchas veces resulta estéril. Ahora bien, lo que se ha desarrollado, y ahí no le restamos nada a la ciencia o a la tecnología, son las aplicaciones prácticas y que facilitan muchas veces la vida en estos tiempos tan agitados, sin embargo “no hay más que ver con qué facilidad la mayoría de nuestros contemporáneos confunden ciencia e industria, y qué numerosos son aquellos para quienes el ingeniero representa el prototipo de sabio...”^{lxxiv}

La filosofía occidental debe acercarse al concepto de lo metafísico libre de prejuicios o ideas preconcebidas. Salirse de las concepciones meramente individualistas que buscan la “originalidad”, planteamientos de problemas más bien artificiales que reales. Efectivamente los paradigmas científicos son muestra de su tiempo: un tiempo de constante agitación. “Vale más, para el renombre del filósofo, inventar un error nuevo, que repetir una verdad que ya ha sido expresada por otros”.^{lxxv}

Industria no es ciencia –mucho menos arte– es exclusivamente una aplicación utilitaria para resolver ciertas necesidades específicas, algunas de las cuales no son tales y otras han sido creadas sino por ella misma. Rebajar la verdad o la realidad a estos niveles de pragmatismo es deshumanizar el conocimiento y hacer a un lado a la verdadera Sabiduría. Los filósofos muchas veces se auto limitan y por ende limitan a los demás.

...un sistema es esencialmente una concepción cerrada; y a partir de esto se llegó a identificar con el espíritu filosófico mismo, sobre todo a partir de Kant que, en su pretensión de encerrar todo conocimiento en lo relativo, se atrevió a declarar expresamente que “la filosofía es, no un instrumento para extender el conocimiento, sino una disciplina para limitarlo” [*Kritik der reinen Vernunft*, ed. Hartensstein, p. 256.], lo cual lleva a sostener que la función principal de los filósofos consiste en imponer a todos los límites estrechos de su propio entendimiento. Por eso es que la filosofía moderna terminó por sustituir casi por entero al conocimiento mismo por la ‘crítica’ o la ‘teoría

^{lxxiv} *Ibidem.*, p. 45.

^{lxxv} *Ibidem.*, p. 55.

del conocimiento'; también es por esto que, entre muchos de sus representantes, no pretenden hacer más que 'filosofía científica'.^{lxxvi}

Este no es un problema que le ataña únicamente a la filosofía, más bien ella opera como un reflejo de lo que ocurre en otros ámbitos. Las ideas de "civilización" y "progreso", tal cual las entendemos hoy día, nos argumenta Guénon, no datan más que de la segunda mitad del siglo XVIII, época en la cual nace el materialismo (Berkeley). La fuerza que han tomado hoy día estos conceptos es tal que casi nadie duda de ellos: "civilización" y "progreso" son de las fórmulas más *sugestivas* y preferidas de los políticos, sean de la ideología que sean. Son estos conceptos los verdaderos *ídolos contemporáneos* y su mayor cualidad es presentarse como sino lo fuesen, pasar desapercibidos, son ellos –junto con la supuesta "opinión pública" y el "mercado mundial" ("globalización")– los verdaderos dogmas "oficiales" de nuestro tiempo. Como tal, comenta el pensador de Blois, nos han hecho creer que no se les puede destruir.^{lxxvii}

La idea de un *progreso indefinido* es ingenua al mismo tiempo que absurda y tenebrosa, no se puede sostener nada en este plano en un perpetuo orden o peor hacia un supuesto continuo mejoramiento. Y claro en pos de este ideal (además de la avaricia y el autoritarismo) se le "conquista" al otro para que sea "igual" y homogenizar la vida. Para redondear lo ya dicho anotamos que,

Lo que está por encima de la ciencia en la jerarquía necesaria de los conocimientos es la metafísica, que es conocimiento intelectual puro y trascendente, mientras que la ciencia no es, por definición, más que el conocimiento racional; la metafísica es esencialmente supraracional, y es necesario que lo sea o que no sea nada.^{lxxviii}

Por el contrario todo aquello que esté destinado, en realidad, a despertar o provocar una reacción sentimental, en el fondo opera como un medio para

^{lxxvi} René Guénon. *Oriente y Occidente*. CS ediciones, Buenos Aires, 1993, pp. 50-51.

^{lxxvii} *Ibidem*, p. 28 y ss.

^{lxxviii} *Ibidem.*, p. 53.

actuar y manipular la capacidad pensante (reflexione usted en la gran mayoría de los programas de la televisión). Para Guénon esto es muy claro, *los impulsos emotivos no permiten la reflexión.*

La auto limitación, por lo que argumentamos, opera en todos los ámbitos de la vida, no sólo en la ciencia y la filosofía, el arte por supuesto que no se escapa a ello, y aún lo que nos parece más grave, tampoco el ámbito religioso; véase como se ha recurrido al ámbito científico para tratar de explicar fenómenos de la esfera espiritual y que se relatan por ejemplo, y para no ir demasiado lejos, en las “explicaciones” de algunos pasajes bíblicos.^{lxxix}

...la disolución doctrinal, la desaparición de los elementos intelectuales de la religión, entrañan esta consecuencia inevitable partiendo del ‘racionalismo’, se debía caer en el ‘sentimentalismo’, y es en los países anglosajones donde se podría encontrar los ejemplo más patentes de esto [de lo que se trata] es simplemente de ‘religiosidad’, es decir, de vagas aspiraciones sentimentales que no se justifican por ningún conocimiento real...^{lxxx}



Ha de quedar claro que las individualidades y la defensa de sistemas o de posturas como propias no son para nada del interés de ningún estudio desde el punto de vista de la filosofía perenne. La tendencia por engrandecer a las personalidades de los artistas (escritores, pintores, actores...), de los filósofos, o cualquier otro, es producto de ésta tendencia individualizante tan remarcada en el mundo actual. Juzgar una obra no es necesariamente saber acerca de la vida privada del sujeto. Se debaten ideas, no personalidades. Por ende sobrevalorar al artista como “genio” (no siendo más que su ego) se ha convertido también en una tendencia, en una moda, y es en este tejido de intereses que resulta casi “natural” el que se diluya el papel que pudiera jugar

^{lxxix} Es también de llamar la atención, al menos eso creemos por el papel que juega actualmente los E.U.A., y por lo que hemos comentado acerca del individualismo, ya que el protestantismo en el fondo lo que provocó es un complejo fenómeno donde ofreció la puerta de entrada a un rechazo implícito por casi toda autoridad espiritual: cada cual forma su propio “credo” o secta, basta ver la cantidad de ellas que hay en ese país.

^{lxxx} *La crisis del mundo moderno*, p. 60.

lo supraindividual, quedándose toda actividad derivada de este juego de mercado, en un sistema cerrado alrededor del ego relativo y contingente de las personas. Efectivamente, todo está de cabeza,

...es el inferior que juzga al superior, la ignorancia que pone límites a la sabiduría, el error que se sobrepone a la verdad, lo humano sustituye lo divino, la tierra que se coloca sobre el cielo, el individuo que se erige como medida de todas las cosas y pretende dictar al universo leyes enteramente sacadas de su propia razón relativa y falible. 'Ay de vosotros guías ciegos', se dice en el Evangelio.^{lxxxix}

Todo es consecuencia de la negación del Principio, donde no resta más que la escalada de una multiplicidad indefinida llegando a identificarse con la materia misma, o dicho de otra manera es "un poder de división y a la vez de limitación, es lo que la doctrina escolástica llama 'principio de individuación.'^{lxxxii} Es la tendencia "individualizante", aquella que "efectúa lo que la tradición judeo-cristiana designa como la 'caída' de los seres que se han separado de la unidad original."^{lxxxiii}

La colectividad, al ser una suma de individuos, no se puede oponer a ellos, no deseamos negar al individuo en tanto tal; de lo que aquí se trata es de ver que "es precisamente en la negación de todo principio supraindividual en lo que consiste verdaderamente el individualismo tal como lo hemos definido."^{lxxxiv}

Por ello, desde el punto de vista de este principio supraindividual *versus* el principio de individuación, podemos afirmar que toda exposición de las verdades metafísicas necesariamente incluye,

...una especie de traducción según una modalidad discursiva y racional; si, por lo tanto, dicha exposición asume una forma de razonamiento, una apariencia lógica y hasta dialéctica, es porque, dada la constitución del lenguaje humano, no se podría decir nada sin recurrir a

^{lxxxix} *Ibidem.*, pp. 66 y 67.

^{lxxxii} *Ibidem.*, p. 75.

^{lxxxiii} *Ibidem.*, p. 76.

^{lxxxiv} *Idem.*

ella; pero eso no es más que una forma exterior, que no afecta de ninguna manera a las verdades que nos ocupan, puesto que son esencialmente superiores a la razón.^{lxxxv}

La filosofía actual bien puede asumir otra lógica, una más bien religada al espíritu tradicional de todos los pueblos, es decir –y como ya hemos mencionado– a una filosofía perenne y es esta última la que buscamos expresar.^{lxxxvi} Aún más, la dialéctica igualmente ha tenido un uso antiquísimo –y por ende tradicional– de aplicación práctica, en el mejor de los sentidos, y es este al que trataremos de apegarnos, por lo demás es ésta sólo un apéndice de una doctrina mucho más basta y rica, los pueblos antiguos dan cuenta de ello.

“En cada momento un universo es aniquilado y otro en su semejanza ocupa su lugar...”

Todo está concatenado a un principio y es que desde el punto de vista de la filosofía perenne es sumamente importante distinguir los diferentes niveles y planos de acción de lo que implica lo manifestado como lo no manifestado. “La doctrina metafísica simplemente contrasta el tiempo, como un continuo, con la eternidad, que no está en el tiempo, y que así no puede considerarse propiamente *durando*-siempre, sino que coincide con el presente o ahora real, del que es imposible una experiencia temporal.”^{lxxxvii}

Dentro de este continuo, el mundo se presenta efectivamente como el material del arte, una verdadera epifanía, pero es sólo responsabilidad nuestra tomar “las cosas hechas” como si fuesen la realidad del que en sí las ejecutó. El mundo como fenómeno es apariencia donde a su vez se suscitan en “su interior” otras apariencias y en ese sentido existe otra Realidad que es suprema y que sostiene al conjunto de realidades que conforman nuestro plano de acción inmediata.

^{lxxxv} *Oriente y...* p. 228.

^{lxxxvi} Por ejemplo, la lógica hindú, nos dice Coomaraswamy, distingue entre los actos y las causas, además de concebir a la causalidad como invisible y “no-pasada”. Es decir, un acto está presente-*cuando* aparecen los efectos; en tanto las consecuencias de las acciones pasadas están latentes hasta que se dan las condiciones óptimas bajo las cuales dejarán sus actos plasmados. Hay por ende una perfecta combinación entre el concepto de la actualidad con la operación de las causas mediáticas en el tiempo.

^{lxxxvii} Ananda K. Coomaraswamy. *El tiempo y la eternidad*. Kairós, Barcelona, 1999, p. 11.

Podemos expresarlo diciendo que la “sombra” de este mundo (todo lo que vemos con nuestros sentidos ordinarios) es reflejo de la luz superior, pero que sin embargo o por ello mismo será con esa materia “oscura”, con la que se ha de trabajar, lo fundamental es tener conciencia de todo esto. De ahí la importancia simbólica de una posible salida del mundo de las apariencias por el *axis mundi* referido a lo largo de tantas figuras centrales tradicionales y de todos los tiempos. El eje del mundo, u otros símbolos, nos proporcionan la salida del cosmos: la *clave* de los dos rostros de Jano, así como el Crismón o la rueda con sus ejes, el Verbo salvífico de los evangelios, entre muchísimos otros; lo más pequeño –e invisible– es lo más poderoso pues nos permite salir por la puerta de los dioses (*Janua Coeli*) y quizás incluso ir más allá (*plus ultra*) de la manifestación. Todo es un camino preciso al mismo tiempo que irreplicable en cada cual; efectivamente en este sendero su “fin” siempre será novedoso e irreplicable, y su caminar es en sí toda una experiencia reveladora. Recorrer el punto medio ya sea en los símbolos del centro del mundo, por los Ejes centrales y polares o solares, por los de pasaje o las armas simbólicas, por el Cielo y la Tierra... y tantos otros símbolos más que no es preciso ni necesario clasificar como si fuesen un catálogo.

Es ascender por la Vía del Medio: para la doctrina hindú opera entre *ida* y *pingala* donde se ubica *sushuma*; o bien entre el *yin* y el *yang*, donde se ubica el *Tao*; así para los cabalistas quienes sitúan entre el eje del rigor y el de la gracia, el pilar central que equilibra a ambos; o entre las dos serpientes enfrentadas, el eje del caduceo mercurial; entre tantos otros. Con todos estos ejemplos lo que deseamos resaltar es que toda corriente tradicional e iniciática busca siempre el justo equilibrio entre los opuestos complementarios. Es la antigua vía estrecha “por la que los Contemplativos, los Conocedores del Brahman, liberados de aquí en adelante, entran al mundo celestial.”^{lxxxviii} En el cristianismo igual encontramos esta imagen, no acaso afirman nuestros evangelios que: “Yo soy la vía, yo soy la puerta... Ningún hombre viene al Padre salvo por mí... Entrad por la puerta estrecha... porque estrecha es la

^{lxxxviii} *Ibidem.*, p. 24.

puerta y angosto es el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran...^{lxxxix} Efectivamente, es por el Sí mismo que se recorre el puente, el cual, como filo de navaja, nos mantiene en estos mundos para ser cruzados y alcanzar la orilla “hiper-uránica”, precisamente, más allá del tiempo o de la guadaña de Cronos.

De ahí la insistencia en que observemos que lo que llamamos realidad quizás no sea tal (al menos no la única), y que la actualidad de las cosas es como un suspiro. No podemos afirmar desde lo contingente que el mundo es así, tal o cual y no de otra forma. Mi yo, siempre será relativo y pasajero si continúa identificándose exclusivamente con su individualismo. Contemplar se torna preciso, semejante a la atención en la respiración. Se busca una completa regeneración (*palingénesis*), es renacer nuevo, como el ave Fénix que se levanta airoso de sus cenizas, “cuando el ‘corazón’ se establece en el Gran Sopro y ha cesado la respiración efectiva, cuando se han abandonado los poderes de los sentidos y han surgido los poderes divinos...”^{xc} En ese punto el tiempo se sumerge en la *Eternidad*.

Efectivamente, la articulación de un tiempo cualquiera es una forma impuesta por nuestro pensamiento y acuerdos sociales –aunque necesaria en ciertos planos de la vida–, pero para la *Realidad* es completamente ajena toda idea que involucre el concepto tiempo. En la doctrina tradicional el tiempo y el espacio son siempre continuos, o mejor, continuidades ininterrumpidas, sólo cuando “desfragmentamos” el tiempo, los fenómenos se interponen a todo sentido y pareciesen ser imposible definirlos.

...la doctrina de que ‘esos que es’, y es Ahora, es otro que las cosas que sólo parecen ser, y que, puesto que vienen a ser y pasan, no pueden decirse que *son*. Este Uno indivisible, omnipresente y enteramente presente, es inoriginado e indestructible; <<es completo, inmutable y sin fin. No que *fuera*, no que *vaya a ser*, pues es Ahora, totalmente, un Uno continuo... Es todo igual... sin comienzo ni fin, puesto que venir a ser y pasar están excluidos y lejos de él, y la verdadera creencia los

^{lxxxix} Cfr. Los cuatro evangelios canónicos.

^{xc} Ananda K. Coomaraswamy. *El tiempo y la...*, p. 36.

rechaza>> [...] no es un vacío ni un caos sino un *plenum*, 'finito' sólo en el sentido de que es auto-contenido [...] eso que es, es lo que es verdadero...^{xci}

Cierto es que, en lo que respecta a la doctrina tradicional, hay ciclos que se cumplen pero la serie de ellos no tiene ni comienzo ni fin. La *Esencia Eterna* no puede entrar en una concepción del “era” o “será” de tal o cual manera, *Es*, o de lo contrario no es: la eternidad le corresponde. Es *sempiterna*, era y será sólo pueden concebirse en un tiempo, es decir en el devenir, por ende *estando* en la circunferencia del círculo; en tanto la Eternidad “es” “en” el centro indimensionado. Tampoco se puede decir de esta *Esencia Eterna* que “está” deviniendo, o “es” devenido, o cualquier otra valoración semejante, pues igualmente es entrar dentro de las capas de lo temporal. El tiempo *fue* en y para Eternidad, *ahora* se sucede, y retornará a Eternidad y ésta no se inmutará, *Es*. En tanto, tiempo seguirá *siendo*, existiendo y deviniendo, y por *un* instante –el encuentro con Eternidad– se fundirá sin confundirse, para inmediatamente *seguir* deviniendo. “El paradigma ‘es’ toda la Eternidad (*panta aiona*), la copia, por otra parte, ‘es’ todo el tiempo (*apanta jronon*) tan completamente como para haber existido, existir, y estar a punto de existir...”^{xcii} Auto-mismidad en la Unidad, eso es Eternidad.

No confundamos los términos, lo no manifestado (No Ser), o en términos griegos, lo “no existente” no es lo opuesto a lo manifestado (Ser) o “existente”, es algo que contrasta pero que en realidad uno contiene a lo otro, ya que conllevan una jerarquía, siendo lo no manifestado superior a lo manifestado y por ende comprendiéndolo.^{xciii} Efectivamente, y agregado a lo anterior, lo finito no puede ser opuesto a lo infinito, sino que el primero está “contenido” en el segundo y cuando pasa a operar se da la epifanía como un “extracto” de lo verdaderamente infinito, “la Deidad es a la vez con y sin definiciones, o, en otras palabras, a la vez Dios y la Divinidad, puesto que la Divinidad es

^{xci} *Ibidem.*, p. 45. Nuestro autor cita a Parménides (Diles fr. 8 conservado por Simplicio). Corchetes nuestros.

^{xcii} *Ibidem.*, p. 47. Hace referencia de Platón (*Timeo* 29 A, B, y 37 D-38 C).

^{xciii} “El retorno es el movimiento del Tao. Es por la [suscitación] que él se manifiesta. Todos los seres han salido del Ser. El Ser ha salido del No Ser.” Lao Tse. *Tao Te King*. Ediciones 29, Barcelona, 1997, p. 58.

incaracterizada [...] <<libre en su no-existencia>>, y a la cual ha de llamarse propiamente ‘*nihil*’.^{xciv}

Este punto indimensionado del que se viene hablando cumple en realidad una doble función, separar y unir, como lo suscita con la línea. Es el Ahora o, en otros términos, viene a ser el cero metafísico de otras doctrinas pues incluso sale del tiempo y espacio, al mismo tiempo que es una especie de puerta a la circunferencia, donde el alma, una vez ha visto y comprendido que es indefinido el ir y venir, se lanza precisamente en busca de ese “punto”, es decir, buscando una posible salida. Es exactamente el *Logos* el guardián de este punto indimensionado que separa y une a los contrarios, ya que en el intelecto divino todos los opuestos se complementan. La Eternidad es sin movimiento y sin tiempo, este último es una imitación (aunque necesaria desde cierta óptica) de la Eternidad.

Este universo se cambia y se renueva incesantemente en cada momento y en cada soplo. En cada momento un universo es aniquilado y otro en su semejanza ocupa su lugar... A consecuencia de esta rápida sucesión, el espectador es engañado en la creencia de que el universo es una existencia permanente...^{xcv}

Todo aquel que no pueda salir de una simple visión del tiempo lineal o cualquier otra y de su “magnetismo”, es incapaz de entender la Eternidad, o parafraseando a Guénon, aquel que no pueda escapar de la sucesión temporal y ver la simultaneidad de las cosas, será incapaz de comprender los aspectos de la doctrina metafísica. *Verdad* y *Eternidad* son nombres de Dios ya sea en una u otra doctrina.

...el mundo inteligible es más afín a la eternidad que al tiempo. Y de la misma manera, especialmente, consideremos la complejidad del arte en el artista, es decir, de la forma en la mente del artista, donde, aunque la forma allí es una, esta única forma es la forma de muchas

^{xciv} *Ibidem.*, p. 121, nota 16 del capítulo “En Grecia”.

^{xcv} *Ibidem.*, p. 69, Coomaraswamy apoyándose en Ibn’Arabí.

cosas que podrán concebirse y que se concebirán después por separado.^{xcvi}

Coomaraswamy pone a nuestro alcance varios ejemplos de cómo sucede esto: en la antigua construcción de una casa ya que primero se le concibe como idea en el mundo inteligible, luego se “no-elabora” el plano-mental y posteriormente se pasa a realizar la obra en el mundo tangible de acuerdo a aquella suscitación de la idea original y que operó en el mundo como contenedor del plano-superior de las ideas; otro ejemplo lo anota con Mozart, quien concebía en su mente toda una pieza –como en un único instante– para después sentarse a escribirla; o bien de Dante que visualizó primero en su mente toda su gran obra. Es decir, este conocimiento tradicional no es una suma de datos o saberes, sino un ejercicio del intelecto donde conocer y ser son lo mismo: conocimiento, concededor y lo conocido se reconocen.^{xcvii} Este estatuto que hay que lograr no está dado, aunque sí en potencia. “Para usar el lenguaje del ejemplarismo, no podemos imaginar que el intelecto Divino sea una suerte de diccionario, sino más bien una Palabra o una Forma que es la forma de muchas cosas diferentes.”^{xcviii}

Puntos clave que retomamos del libro La transformación de la naturaleza en arte: Creación Universal, concepción y función del arte tradicional, la recordación y el arte como convención.^{xcix}

Una vez el artista se ha concentrado ha de ponerse a trabajar. Ahora bien, lo que observa y en lo que medita es la Naturaleza, entendida como *Natura naturans* (Creación universal) y no exclusivamente la *Natura naturata* o *ens naturata* (como la manifestación que perciben nuestros sentidos). No se trata de una mera imitación en el sentido de “copiar” y sí más bien en el sentido de comprenderla, dicho sea esto para cualquier nivel. Ellos son elementos que se aproximan idealmente a este mundo, que desean “atrapar” la Realidad y la

^{xcvi} *Ibidem.*, p. 92.

^{xcvii} Esta figura puede quedar muy clara para los familiarizados con el árbol sefirótico al reflexionar y meditar sobre las tres primeras emanaciones: *Kether*, *Hokhmah* y *Binah*.

^{xcviii} *Ibidem.*, p. 93, véase también su artículo “El ejemplarismo védico”, en *El Vedānta y la tradición occidental*. Ediciones Siruela, Madrid, 2001, pp. 203-226.

^{xcix} Ananda K. Coomaraswamy, *La transformación de la naturaleza en arte*. Kairós, Barcelona, 1997.

Belleza, donde una mera “copia” no será nunca ni el fin ni el propósito. Así entonces, entre la forma ideal y la figura natural, aunque no siendo las mismas en principio, se conciben como coincidentes en la unidad común del símbolo o de la identidad en la diferencia, por decirlo de alguna manera.

La *comprensión* entonces debe ubicarse en ese nivel: quien no es lo que realiza no puede ejecutarlo. En voz de Dante, citado por Coomaraswamy, “Yo soy uno que cuando Amor me inspira, presto atención; y del modo en que Él dicta dentro de mí, eso os hablo” (Purgatorio, XXIII, 53-54) y del mismo poeta, “quien quiera pintar una figura, si no puede serla, no puede dibujarla” (*Convivio*, Canzone III, 53-54).^c

Cualquier reflejo de mi personalidad individualista se podrá considerar como un defecto, una desviación del tema u objeto que se medita, ello desde el punto de vista tradicional, aunque y desde otras visiones más actuales es bien conocido que se halaga el “genio” (decíamos que más bien es a su ego) del artista y se engalana el exhibicionismo estético, en pocas palabras, no importa la obra sino las meras sensaciones y emociones del actor o la “estrella” que se promueve en el mundo de la farándula y del comercio. Igualmente en algunos ámbitos académicos podemos observar como se reemplaza la historia del arte por la historia de los artistas o el estudio de la filosofía por la vida de los filósofos.

Para recalcar la concepción del arte tradicional, tomemos por un instante el ejemplo de la India, donde encontramos entre artes profesionales y las llamadas avocacionales –pues no requieren necesariamente de una instrucción “especializada” o mejor transmitida (heredada) sino de constante oficio– un total de 82 o más disciplinas (depende de los puntos de vista); pero no sólo en la India, en otros lugares, tiempos y civilizaciones nos encontramos que tampoco existía tal separación entre arte y artesanía, incluso como nos comenta nuestro autor –por cierto iniciado en la Tradición del Vedānta– en Europa anteriormente existía una unificación en este sentido, “*New Oxford*

^c *Ibidem.*, p. 133, tomadas ambas citas de su nota 6.

Dictionary, s. v., *art.* I: <<pericia para hacer algo como resultado del conocimiento y de la práctica>>, y II: <<todo aquello en que puede alcanzarse o desplegarse una pericia>>”^{ci}

Para lograr unificar el criterio entre estas actividades no debemos de caer en el error, harto frecuente, de suponer que la plenitud de significados está contenida en la sola letra, su cabal comprensión es un acto de percepción interior que opera por una actividad del intelecto. La imagen como el objeto o la letra son sólo medios para el conocimiento pero nunca conocimiento por sí mismos. De ahí la insistencia en observar que el arte *en* el artista ha de ser la identidad indivisible entre forma y concepto, el arte incorpora de alguna manera esa identidad en un *material* perceptible a los sentidos. Así cada artista con su arte penetra distintos niveles de identidad, donde sólo se puede alcanzar o vislumbrar la *Identidad Absoluta*, en una especie de relámpagos iluminadores donde se suscita la consumación de la contemplación. Esa fuente perenne de la cual emana *Verdad* no es la percepción empírica sino algo que se conoce interiormente y que es a su vez fuente de *Conocimiento*.

Llegar a ese punto debería de ser el máximo “halago” para todo artista, donde él no sea visto y sí, más bien su obra como participante del Principio, o al menos en ideal esfuerzo por alcanzarlo. Esta desaparición o sumersión del sujeto opera por un completo desapego de toda fama, gloria o propósito, no obstante y aún comprendido así –el arte como vía y no fin en sí mismo– la percepción de lo sensible no desaparecerá por supuesto, pero ésta se vuelve completamente desinteresada. Sin embargo, “¿quién se atreverá a decir que él conoce verdaderamente al Brahman, o que ama a Dios verdadera y completamente? La libertad última de la espontaneidad es concebible sólo como una manifestación vacante en la que arte y artista son perfectos...”^{cii} Ello implica no una “aproximación” al arte sino arte entendido como función de vida o vocación.

^{ci} *Ibidem.*, p. 135, nota 8.

^{cii} *Ibidem.*, p. 23.

Es parte esencial y sustancial de la función del arte en cualquiera de sus diversas manifestaciones prepararnos, a todos, ante nuestro destino. Hacerlo cabalmente como un estado inherente del ser... no temer ante la muerte. Prepararnos para el reencuentro con el Principio. Y, asunto por demás interesante, destacar que en ese sentido el arte viene a ser perfectamente convencional, “pues es sólo por convención como la naturaleza puede hacerse inteligible, y sólo por signos y símbolos, [...] como la comunicación se hace posible.”^{ciii} Aquí convencional nada tiene que ver con la degeneración de lo que se presenta, con lo banal o con “simplificar” las cosas.

Ahora bien, esta búsqueda de perfección no debe de entenderse como un dogma ni mucho menos, no se trata de una “competencia” con el espíritu o con los otros, sino de un intento desinteresado por alcanzarlo. El arte, cualquiera que este sea, se basa en su propia lógica y método, todos ellos tienen un “cuerpo de creencia” que constantemente se renueva, una serie de símbolos que se utilizan y una base intelectual que se profundiza. Cualquier imperfección es producto de la voluntad del ser humano en tanto lo opuesto resulta de la genuina Voluntad.

La obra de arte puede ser conductora de la liberación del espíritu y desinhibirlo en su visión del mundo, “una ordenación de la sensación hacia la inteligibilidad y que tiende hacia una perfección última en la que el que ve percibe todas las cosas imaginadas en sí mismo.”^{civ} Así que, en la operación externa se ven involucradas la voluntad que sigue al intelecto, lo cual corresponde con la vocación como hemos mencionado, donde se substrahe del “*almacén de la tradición*” para que se trabaje en el “*taller del alma*”, formas, pericias, símbolos, oficio: se ha de poner en práctica la vocación, de lo contrario no es vocación.

Desde este punto de vista no importan demasiado los “hechos comprobables” de la historia, los accidentes, las procedencias o influencias, las atribuciones, los gustos y modas... Hacer de todo ello la visión exclusiva del

^{ciii} *Ibidem.*, p. 24.

^{civ} *Ibidem.*, p. 50.

arte y del mundo, es violentar los alcances de toda actividad humana, es más: es ignorar el intelecto de la Unidad, “el intelecto es el templo de Dios donde él brilla en toda su gloria. En ningún lugar mora Dios más realmente que en este templo de la naturaleza de su intelecto”.^{cv} Al no comprender o ignorar que el alma tiene una facultad igualmente llamada mente, aunque no ciertamente lo que podríamos entender hoy día por ese concepto sino que “ella es su almacén de formas incorpóreas y nociones intelectuales [...] las ideas en este almacén del alma pueden parecer nuevas o recordadas.”^{cvi} Es como cuando decimos que nos ha venido una idea y esto puede ocurrir en cualquier momento, como al contemplar una bugambilia o escuchar una melodía, conversar con alguien o leyendo un libro... “nos ha caído el veinte”, “lo hemos descubierto”, *eureka*; como Homero y Hesíodo “llegó como un soplo la inspiración de las musas”... la imagen está en uno, sólo debemos de recordarla. “<<arte>> significa la idea del tema, como ella se presenta a él.”^{cvi} Es como el ejercicio de escribir, en realidad la “página-mente” está pletórica de un saber, sólo le quitamos el exceso de blancura a la hoja para que salgan a relucir las letras y las palabras. No obstante no confundamos las palabras y conceptos, ya que lo que pensamos o decimos surge dentro de cada cual, donde primero nos detenemos a reflexionar (trabajo interior e intelectual no meramente “inspiracional”) en la idea y entonces lo expresamos (trabajo ejecutante y exterior) de una u otra manera,

<<cuando una palabra es concebida en mi mente, es una cosa sutil, intangible; es una verdadera palabra cuando toma figura en mi pensamiento. Después, cuando es pronunciada en voz alta [o escrita] por mi boca [o mi mano], es sólo una expresión exterior de la palabra interior>>.^{cviii}

La forma debe ser una revelación de la sustancia y de la esencia, donde la mente ve y formula, la voluntad actúa y la memoria aprehende.

^{cv} Coomaraswamy, *op. cit.* p. 57. Las siguientes citas continúan siendo del libro que venimos comentando, en su capítulo “El concepto del arte en el maestro Eckhart”, las citas que vienen indicadas por Coomaraswamy con << >> son de Eckhart. Los materiales que utilizó el metafísico de Ceilán provienen de *Meister Eckhart*, traducido por C. de B. Evans, Londres, 1924 y 1931, vol I. Compilación realizada por Franz Pfeiffer.

^{cvi} *Ibidem.*, p. 57.

^{cvi} *Ibidem.*, p. 58.

^{cviii} Coomaraswamy, *ibidem.* p. 64, corchetes nuestros.

La Naturaleza y el arte son semejantes pero nunca idénticos, pero esa semejanza debe operar sólo en la idea,

...es por medio de la forma o imagen incorpórea (*nāma*) que está en el objeto, en el artista, en la obra de arte, y finalmente en el espectador, la cual ha sido traída a la visibilidad, en la medida de lo posible, en la imagen material (*rūpa*) en otra naturaleza, pero no hecha de esa naturaleza.^{cix}

Y la convención aplica “en la medida en que su idiosincrasia lo permite, <<en la medida en que el recipiente admita>>”,^{cx}

...convencional; a fin de que sea interpretada y comprendida, no como un reflejo directo del mundo como el mundo es en sí mismo, sino como un símbolo o grupo de símbolos que tienen un significado racional verificado y un contenido aún más profundo, no funcionando sólo como medio de reconocimiento sino como medio para la comunicación y la visión. [...] con referencia a la interpretación de la escritura y de los mitos en general, [y del arte] <<Todas las historias tomadas de ellos tienen otro significado, un significado esotérico. Nuestra comprensión de ellas es tan totalmente diferente de la cosa como es en sí misma y como es en Dios>> hay más en la obra de arte de lo que puede comprenderse <<y no hay nadie tan sabio que cuando intente sondearlas no encuentre que están más allá de su profundidad y descubra más en ellas>>”.^{cxii}

La selección de símbolos e imágenes que hace el artista y el que las estudia –lo cual es un arte– a su vez, es una suma de posibilidades casi inagotables, donde no todos podrán alcanzar el mismo nivel de comprensión de dicha pieza.

Así podemos, por ejemplo, entender que el arte del Cristianismo primitivo es un hablar constante con Dios puesto que el ejecutante utiliza o extrae los conceptos sintéticos de la Naturaleza para crear y expresar la *idea-*

^{cix} *Ibidem.*, p. 67.

^{cx} *Ibidem.*, p. 68.

^{cxii} *Ibidem.*, pp. 69-70. Coomaraswamy se apoya en Eckhart, corchetes nuestros.

reflejo de la divinidad, igualmente opera este sutil proceso sintético en el llamado arte gótico puesto que el constructor de catedrales levanta ese prodigio pensando en cómo acercarse a las figuras centrales de lo divino o bien, se suscita igualmente todo ello –pero con distinta presentación– en la concepción y construcción de un templo budista así como en el complejo de la ciudad de Teotihuacan; ninguno de éstos están concebidos y realizados por el propio gusto o por deseos de una grandeza de la individualidad, “de la misma manera que <<el alma es la forma del cuerpo>>, así el arte en el artista es la forma de la obra”.^{cxii} Esto sí bien corresponde al intelecto como la facultad más elevada del alma, su sumidad y el punto por donde se “toca” a Dios, no obstante todo ello y aún la semejanza que guarda el hombre con Dios, en la horizontalidad entran en juego factores como el tiempo, la voluntad y el libre albedrío, para sólo hasta entonces poder comprender que

<<el hombre no debe trabajar por ningún por qué, [o] por Dios ni por su gloria ni por nada en absoluto que esté fuera de él, sino sólo por aquello que es su ser, su verdadera vida dentro de él>> (163, cf. *Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad*, IV, 5, 6); <<no tengas ningún propósito ulterior en tu trabajo>> (149), <<trabaja como si nadie existiese, nadie viviese, nadie hubiese venido nunca sobre la tierra.>>^{cxiii}

Tampoco es trabajar por trabajar o sin sentido, como podrían pensar los contemporáneos, es trabajar por amor a la Gran Obra, en un acto de libertad pues no se tiene ningún motivo ulterior. No es tampoco el arte por el arte. Hemos de ocupar cada cual su vocación pues sólo así somos fieles con lo que es nuestro origen que parte del Ser universal, ocupando el lugar preciso que nos corresponde. Ser cuidadosos, en este sentido, implica preparar todo el terreno para no tener pretexto alguno u obstáculo que sabotee nuestro trabajo, nunca olvidando que si no hay motivo –la idea del trabajo– entonces es inútil ponerse a trabajar. Es indiferente el resultado y sin embargo todo artista procurará toda su atención y se entregará a ella, “la perfección de la obra es <<preparar a todas las criaturas para volver a Dios>>”.^{cxiv} El máximo cuidado es

^{cxii} *Ibidem.*, p. 63.

^{cxiii} *Ibidem.*, continúa con Eckhart y con la doctrina Hindú, pp. 73-74. Es exactamente igual que cuando San Agustín dice “Ama a Dios y has lo que quieras.”

^{cxiv} *Ibidem.*, p. 76.

observar el bien de la obra por el que ha de hacerse, de lo contrario el trabajador de la obra pasará a ser el esclavo donde sólo le interesará el pago y no la hechura de la obra o su propósito íntimo de realización.

La perfección de la obra es “como si uno tuviera el conocimiento y el poder de juntar todo el tiempo en un único ahora eterno (81), como Dios se saborea a sí mismo.”^{cxv} Esta participación, como dice Coomaraswamy, de este atisbo, es lo que podemos comprender como experiencia estética desde el punto de vista tradicional, al igual que como veremos con la belleza en donde ésta nada tiene que ver con hermosura o agrado. “Es como artista-estudioso como el hombre prepara todas las cosas para volver a Dios, en tanto que las ve intelectualmente (*parokṣāt*) y no sólo sensiblemente (*pratyakṣena*). Éste es, desde el punto de vista de Eckhart, el significado del arte. <<Es decir, hasta donde yo puedo comprenderlo>> (282).”^{cxvi}

^{cxv} *Ibidem.*, p. 78.

^{cxvi} *Ibidem.*, p. 78. Vale la pena comentar que en este artículo, Coomaraswamy inserta todo tipo de referencias y vocablos en sánscrito a fin de que el lector tradicional de la India se le facilite más su comprensión, la obra de este autor es igualmente publicada en este país. Si acaso el atento lector quisiera profundizar el rico término de *Parokṣa*, puede consultar el quinto capítulo del libro que venimos comentando.